

AJEDREZADO JAQUÉS

LA TRADICIÓN ORAL
DEL PIEDEMONTE DE SAN JUAN DE LA PEÑA
SEGÚN DOMINGO GAVÍN PÉREZ



***AJEDREZADO
JAQUÉS***

AJEDREZADO JAQUÉS

LA TRADICIÓN ORAL
DEL PIEDEMONTE DE SAN JUAN DE LA PEÑA
SEGÚN DOMINGO GAVÍN PÉREZ

© de las imágenes: M.^a Orosia Satué Paulés

Edita: Gestora de San Juan de la Peña

Trabajo de campo y adaptación: Enrique Satué Oliván

Prólogo: Ricardo Mur Saura

Portada e ilustraciones: M.^a Orosia Satué Paúles
(comentario en “III. Botaya: románico a linóleo”)

ISBN: 978-84-8380-179-6

Depósito legal: Hu. 150/09

Imprime: Gráficas Alós. Huesca

ÍNDICE

I. Introducción.....	13
II. Prólogo.....	19
III. Botaya: románico a linóleo.....	23
IV. Al pie de San Juan.....	27
V. El último lobo.....	37
VI. Pan con sudor.....	41
VII. Flaires y señores.....	45
VIII. Los otros habitantes de San Juan.....	53
IX. Familia y niñez.....	57
X. La vida a diario.....	63
XI. Labrar y cuidar.....	71
XII. La memoria histórica.....	79
XIII. Soldado y prisionero.....	85
XIV. La guerra de estas montañas.....	95
XV. Las vueltas de la vida.....	105
XVI. Vocabulario.....	109



Ajedrezado jaqués

Hablar de San Juan de la Peña nos remite inmediatamente a los monasterios nuevo y viejo y al complejo recientemente rehabilitado en el primero por el Gobierno de Aragón. Sin embargo, con frecuencia olvidamos que el macizo de San Juan de la Peña incluye más cosas, como las numerosas aldeas que se distribuyen bajo él y, sobre todo, el recuerdo de quienes habitaron en ellas.

La vida es hoy mucho más fácil de lo que lo era antaño, al menos por estos pagos. Precisamente por eso, conviene no perder de vista –especialmente los más jóvenes– que nuestros antepasados y los mayores que por fortuna aún están entre nosotros hubieron de enfrentarse a condiciones más adversas para salir adelante, sin por ello ser menos felices.

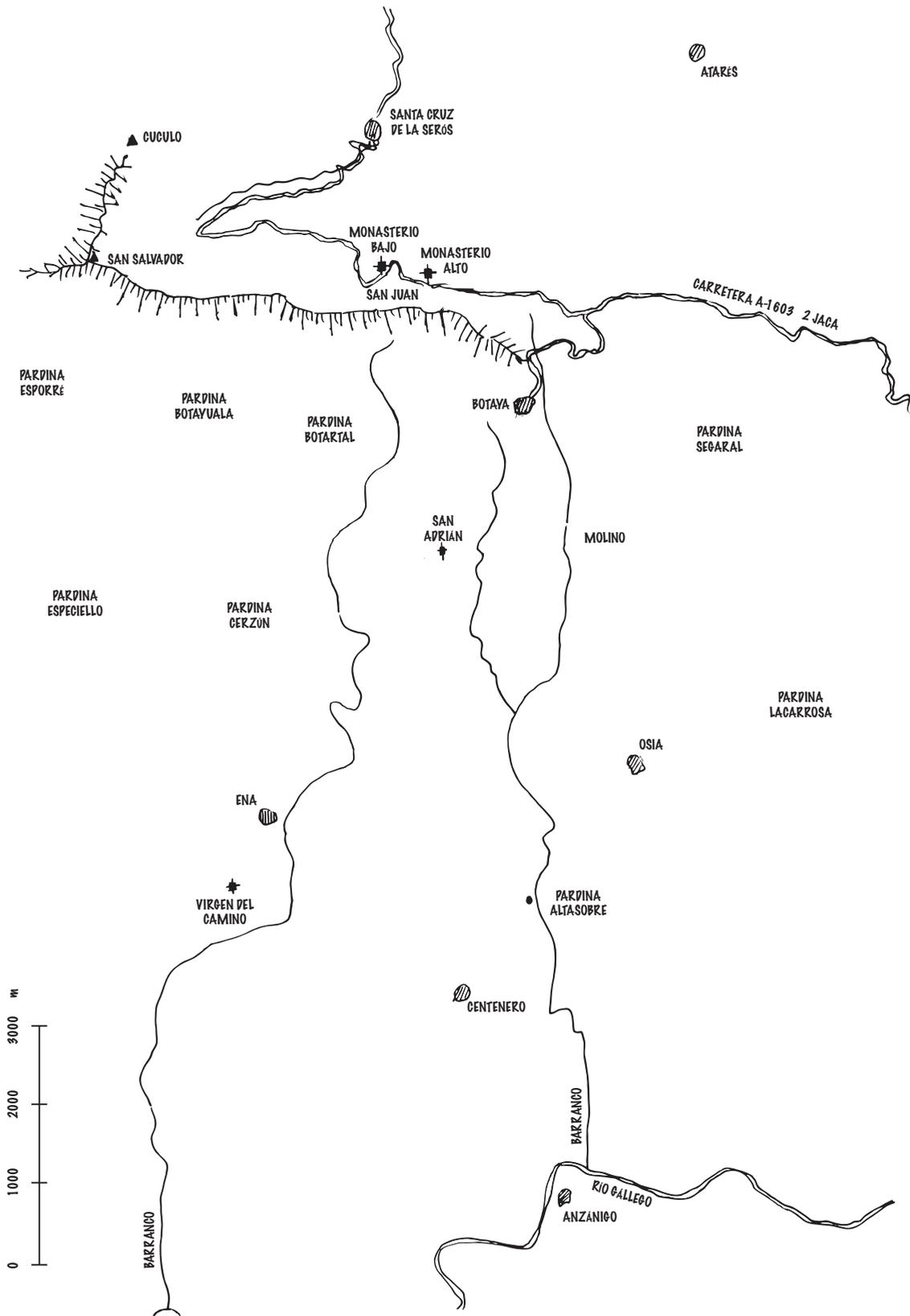
Cobra especial importancia el admirable trabajo que Enrique Satué y Ricardo Mur han hecho posible, con el complemento de los bellísimos grabados al linóleo de Orosia Satué. De ellos es el mérito de acercarnos el sentir y el existir de Domingo Gavín Pérez, vecino de Botaya recientemente fallecido a punto de asomarse al siglo. Son historias sencillas, que nos susurran vivencias de trabajo, sudor, guerra, curas, familia, escuela, fiestas, juegos infantiles o muchas otras más, narradas con la mayor naturalidad y siempre enmarcadas en el majestuoso entorno natural del piedemonte de San Juan de la Peña. Son historias hermosas de tiempos pasados pero no perdidos, gracias a la tradición oral y a obras como la presente.

Mi enhorabuena a quienes han hecho posible este trabajo que mantiene vivo el recuerdo no solo de una persona sino de muchas generaciones que nos antecedieron, el recuerdo de lo que en definitiva somos. Son dignas de felicitación, porque además lo han hecho con intención complementaria de atender algunas necesidades en la zona, lo que aún les honra más.

Siéntese el lector con tiempo por delante, aleje sus preocupaciones y sumérjase en estas páginas tan amenas como apasionantes. Es una grata experiencia que recomiendo vivamente.

Arturo Aliaga López

Consejero de Industria, Comercio y Turismo
del Gobierno de Aragón



PARDINA
ESPORKE

PARDINA
BOTAYUALA

PARDINA
BOTARTAL

PARDINA
SEGARAL

PARDINA
ESPEJIELLO

PARDINA
GERZUN

MOLINO

PARDINA
LACARROSA

ENA

VIRGEN DEL
CAMINO

PARDINA
ALTASOBRE

CENTENERO

BARRANCO

RIO CALLEGO
ANZANIGO

ATARES

SANTA CRUZ
DE LA SEKOS

MONASTERIO
BAJO

MONASTERIO
ALTO

SAN JUAN

CARRETERA A-1603 2 JACA

BOTAVA

SAN
ADRIAN

OSIA

CUCULO

SAN SALVADOR



I. INTRODUCCIÓN

Este humilde trabajo cumple varias funciones: por un lado, reivindica el valor de la huella humana tradicional en los espacios naturales protegidos y, por otro, homenajea, en la persona de Domingo Gavín, a toda una generación silenciada, laboriosa y sufrida que “vivió entre la Edad Media y la Modernidad”.

El que mi amigo Ricardo Mur y mi hija Orosia se hayan sumado al proyecto ha constituido un hecho fundamental para que este haya salido a flote.

También he de agradecer a Luis Estaún, presidente de la Gestora de San Juan de la Peña, que, desde el primer momento, haya comprendido el valor de este pequeño trabajo.

Como ya se sabe, el Paisaje Protegido de San Juan de la Peña y Monte Oroel constituye uno de los varios parajes que conforman la red de espacios naturales protegidos de la Comunidad Autónoma de Aragón. Fue declarado a través del Decreto 13/2007 por el Gobierno autonómico y entre los objetivos que señala el documento está el de conservar los recursos culturales, históricos, arquitectónicos y etnológicos existentes, a través de la investigación y la elaboración de programas de interpretación y educación medioambiental.

Por todo ello si, en general hoy, se da un gran valor a lo etnohistórico, se comprenderá que en una zona protegida, donde la huella del hombre tradicional está desapareciendo, su importancia alcance una dimensión mayor.

Desafortunadamente, en la actualidad, que ya se tiene conciencia de ello, los informantes significativos, la arquitectura popular, los mitos, las leyendas y la historia menuda que amparó a las gentes que vivieron en aquellos parajes están desapareciendo. Por ello, bien estaría que, contra reloj, se hiciera un último esfuerzo por recoger todo aquello que guardan los surcos de la memoria de los mayores y los profundos pozos de su mirada.

El trabajo hecho mano a mano con Domingo Gavín, hace ya unos años, es un pequeño ejemplo. Nada más.

Ejemplo que gana dimensión si pensamos que su voz tiene un eco románico, porque surge de Botaya, del piedemonte de San Juan de la Peña, de una recóndita aldea oculta bajo la grandeza del monasterio benedictino.

Por ello y porque, curiosamente, a excepción de los artículos de Ricardo Mur sobre las pardinas, despoblados y ermitas de la zona, no se había publicado nada de carácter etnológico, a no ser que tengamos en cuenta los tres tomos de *Junto al fogaril de Atarés*, en el que Antonio Zabala recoge la voz del poeta rural Hilario Jarne.

Esta motivación es la que me unió a Domingo Gavín Pérez, cuando ya tenía noventa y un años y vivía en la residencia de ancianos de Biescas. Dicha sensación, su edad, su memoria y una bondad pasmosa que hacía que los ratos junto a él constituyeran un puro deleite.

Ni que decir tiene que estaba ante un informante de lujo, ante una “voz románica”, salida de los pies del monasterio de San Juan de la Peña, que bien podía originar –pensé– un librito al que titulásemos *Ajedrezado jaqués*, como esa franja sinuosa en piedra, ese camino del Románico que avanza creando ritmos de luces y sombras, como la vida misma y la que hubo a lo largo de los siglos en las aldeas que rodean a San Juan.

Domingo Gavín Pérez nació el 7 de marzo de 1909 y falleció el 28 de diciembre de 2006, después de que yo le entrevistara y grabara su voz en Biescas, seis años antes.

Cuando le escuchaba me daba la sensación de que los capiteles románicos de San Juan de la Peña cobraban vida. Eva hilando era su abuela o su madre, que en las largas veladas de invierno, tiraban del copo de lana junto al fuego. Adán guiando el timón del arado, era él, él mismo labrando hasta los años setenta con las caballerías... La matanza de los Santos Inocentes eran las calamidades que él había visto durante la guerra...

La guerra, la guerra, cómo no... También había que hablar de ella porque partió una generación que se debatía entre mundos irreconciliables, entre los capiteles del monasterio de San Juan y las nuevas ideas.



En total fueron seis horas de grabación. No mucho. Cifra que resulta frívola si en ella queremos ver muchos siglos, muchas aldeas y muchas vidas como las de Domingo.

Bien, es lo que hay... Para revalorizar el esfuerzo solo puedo señalar que medió en mi trabajo la experiencia de haber escuchado durante cientos de horas a otras personas, con afán etnográfico, prácticamente desde que era un crío.

Hice un esquema, un mapa de aspectos físicos, humano y económicos y sobre él avanzamos Domingo y yo de la mano, durante unas cuantas mañanas del mes de agosto del año 2000.

Lo grabado y anotado durmió en una carpeta, como ha ocurrido con otros materiales que con avidez he recogido. Titulé el archivo como el librito que tienes entre tus manos *–Ajedrezado jaqués–* porque la idea estaba clara desde el comienzo. Pero lo difícil era metabolizarlo, darle forma y tomar la decisión de sacarlo a la luz. Esto nos ocurre a todas las personas que nos entusiasma la Etnografía, pero vivimos de otro menester.

La adaptación puede ser cuestionada y, para eso, apporto los criterios que he utilizado.

Para empezar, he respetado la filosofía y la esencia de la persona, de Domingo. Él era así, parco, comedido, observador; todo bondad.

Por ello he respetado al máximo su estilo. Sólo lo he hilvanado y dado fluidez.

Su dicción estaba totalmente castellanizada, como corresponde a esta zona del Campo de Jaca, escolarizadas en su día –aunque fuera poco–, viajada, con siete años de servicio en el Ejército, y familiarizada con cierto seguimiento de los medios de comunicación.

En su discurso solo aparecían algunas frases hechas y vocabulario procedentes del habla de la zona. Se han respetado y se ha procurado no crear un abuso de entrecorillados y cursivas. Para suplirlo, se ha añadido, al final, un pequeño vocabulario.

Algunos términos eran muy de Domingo. ¿De Domingo o de todos sus paisanos? Yo creo que de todos. No quiero parecer un pedante, pero para filosofar sobre eso está el magnífico trabajo de Maurice Halbwach, *Los marcos sociales de la memoria*. Yo creo que la memoria

de Domingo es la memoria de su familia y de una buena parte de las gentes que moraron el pie románico de San Juan de la Peña. Muy de Domingo era decir que había un rabaño de soldados o de pueblos –lo normal, en un esquema de vida pastoril, donde el rabaño o rebaño marcaba cada momento del existir–. Y, por ejemplo, muy de Domingo era también el aludir a las rallas, rallicas o rallones, a los estratos cortados a picos que definían el paisaje de Botaya.

Bien, pues esos términos y otros muchos aparecerán tal cual, sin cursivas ni signos especiales.

Y lo mismo se ha hecho con la abundancia de diminutivos que utilizaba Domingo. Allí están, tal cual, aunque en este caso dude si el uso y abuso no le viene de los contactos con el exterior.

Sea como fuere, aquí está el librico, amigo Domingo. No dudo que alguna vez te sentarás con él para repasarlo bajo la carrasca de la curva, allí donde te gustaba parar, en el empalme de la carretera de San Juan con la pista de Botaya; en el mismo sitio que estuvimos aquel verano de 2000 con tu hermano para dar una vuelta y abrazar a los sobrinos.

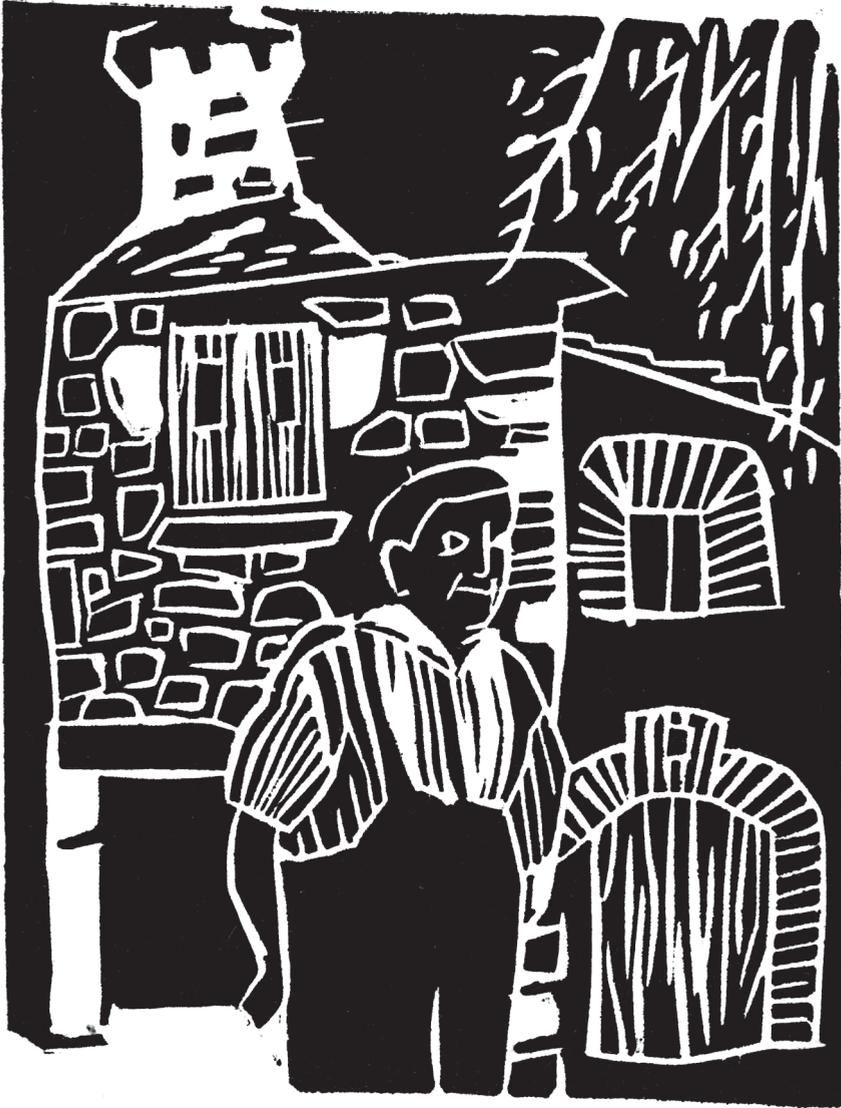
Además, no dudo que te gustará saber que procuraremos que su venta produzca algún dinero para las buenas obras de mosen Benito, el cura del pie de San Juan, que tú tanto apreciabas.

Y finalmente, lo digo para ti, lector amigo. Cuando visites algún monumento románico del Campo de Jaca, o te adentres por el Camino de las estrellas, hacia Santiago de Compostela, encontrarás una estrecha línea de tacos de piedra, que los estudiosos han dado en llamar ajedrezado jaqués.

Al pasar junto a ella, detente, obsérvala despacio y lee en el ritmo de sus claroscuros lo que es la vida.

Tendrás sentimientos encontrados, pero al final te darás cuenta de que la recta camina, que sabe a dónde va y quién y por qué la ha dibujado.

¡Buena luz y buen camino!



Domingo Gavín ante su casa de Botaya. Año 2000



II. PRÓLOGO

Me pide el autor un prólogo para este trabajito, pequeño en lo material, pero grande en cuanto al significado humano y geohistórico de cada una de sus diecinueve mil palabras. Ya sabía de antemano el buen Enrique que no me iba a negar, no solo por la amistad y los muchos vínculos que nos unen, sino porque el tema toca de lleno mi corazón y me lleva a una parte nada desdeñable de mi vida.

A finales de los ochenta, recién destinado a Jaca, me lancé al descubrimiento del Soduruel, por medio de la exploración sistemática y exhaustiva de todos y cada uno de sus rincones, tarea en la que invertí una docena larga de años. Nada más poner mis pies *al otro lado de Oroel* quedé prendado de la zona. Antes que nada me impactó la desgarradora realidad de un espacio geográfico riquísimo en historia y de una sociedad que consume sus últimas bocanadas de oxígeno antes de desaparecer definitivamente en el océano de la despoblación. Así, entre ambos extremos de este segmento de la línea inexorable del tiempo, fui desgranando una a una las cuentas de un rosario compuesto por aldeas, templos parroquiales, ermitas, crismones y capiteles románicos, pardinas, *espedregales* y restos de antiguos poblados medievales. Y en medio de todo este espacio físico-temporal, como hilo conductor de mi tarea, la omnipresente e irrepitible figura de un hombre de excepción: mosen Benito Solana, el viejo cura de Soduruel.

De todo este cúmulo de vueltas y revueltas surgieron varias docenas de artículos publicados en *Jacetania* y *El Pirineo Aragonés*, algunos de los cuales dieron lugar a publicaciones en formato de libro, tales como *Geografía Medieval del Voto a San Indalecio* (Jaca, 1991), *Detrás de Uruel. Por los pueblos de mosen Benito* (Zaragoza, 1995) y *Viaje al Fin del Mundo* (Huesca, 1999).

El primer lugar que visité, en todo este largo periplo por el espacio y el tiempo, fue Botaya. Era un viernes. Ese día no tenía clase por la mañana. Allí me esperaba mosen Benito. Lo primero que hicimos fue almorzar en Casa Campo, con Ángel, Andrés y Pilar. La morcilla y

la *torteta* eran recientes. Después bajamos a la ermita de San Miguel. Entre planos, dibujos, notas tomadas al aire y fotografías, se pasó la mañana. Luego vendrían bastantes visitas más: a la iglesia parroquial, a la ermita de San Adrián, a la de San *Climén*, a Botartar y Botayuela, a la cabañera de Anzánigo, al camino de Ena. Gracias al Voto de San Indalecio en San Juan de la Peña, año tras año, fui conociendo a la gente del pueblo, y de toda la *redolada*: a Mainer; a Vera, cuya miel me procuraba mosen Benito; a Fidel y Portaña, con quienes hemos recorrido toda España y gran parte de Europa.

Y cuando llegué destinado a Biescas, en diciembre de 2002, en la Residencia *La Conchada* me encontré con Domingo *Cerzún* y su hermano Adrián, con quienes, gracias a mi conocimiento de Botaya y de sus gentes, enseguida trabé amistad. De ambos hermanos guardo buenos recuerdos e imágenes muy vivas. Domingo era bajo de estatura, de complexión fuerte, pero magro de carnes, vivaracho, alegre, campechano, buen conversador y muy bien integrado en el tejido social de la residencia. Siempre iba tocado con boina y vestido con una rebeca azul marino. Cuando lo conocí usaba un bastón, cuando lo despedimos ya necesitaba un andador. Sentí su muerte, no fue una más de entre tantas a las que a un cura le toca asistir. Su hermano Adrián se adelantó en el camino por lo menos un año.

Hace bien el autor de mencionar en su introducción la trilogía escrita por el entrañable Hilario Jarne Bandrés, el poeta, *Junto al fogaril de Atarés*, transcrita por el jesuita P. Zabala. Y es que ambas obras son idénticas, tanto en el estilo como en el tratamiento. Solo les separa, por decir algo, la sierra de San Juan de la Peña, si es que en esta tierra los montes separan, que yo creo que más bien unen a nuestras gentes y a nuestros pueblos. No en vano, por la Carrasca, entre ambos pueblos, media un camino que puede recorrerse en solo hora y media de marcha.

En ambos casos no se trata ni de elaborar ni de interpretar los caudales de las fuentes, ni de estudiarlos para su posterior análisis. Se trata simplemente de ofrecer el agua pura y cristalina, tal como sale del manantial, sin siquiera clorarla. En los tiempos que corren, esto, además de ser de agradecer, le da al trabajo el valor de lo auténtico, de lo químicamente puro, de lo no contaminado ni por los tamices interpretativos, que dejan pasar unas cosas sí otras no, ni por los de la ideología, en los que se echa trigo y se recoge *ordio*.



Domingo se fue, ya no volverá. Los tiempos que él conoció tampoco. Con él se va irremisiblemente una época que arranca en el Medioevo, quizá cuando los míticos hermanos Voto y Félix cazaban por aquellos andurriales, y que ha durado un prolongado milenio.

Amigo lector, cuando hojees las páginas de este trabajito, leas sus diecinueve mil palabras y te recrees en sus ilustraciones, tendrás la sensación de que Domingo *Cerzún* aún vive y que la sociedad que conoció todavía no se ha ido del todo.

RICARDO MUR



Chimenea de Botaya



III. BOTAYA: ROMÁNICO A LINÓLEO

Escribo estas líneas desde la umbrosa Lieja, mientras no dejo de acordarme del sol que dora las peñas de San Juan, las que sobrevuelan Botaya.

Hay que salir de casa para sentirse parte de otros paisajes y, a la par, reencontrarnos, en la distancia, con los de nuestra propia casa.

Esta larga veintena de ilustraciones las elaboro durante mi quinto curso de Bellas Artes, que estudio a través del programa europeo Erasmus. Me ha traído a estas tierras, desde la Universidad de Salamanca, mi afán por profundizar en las técnicas de grabado y por sellar mis conocimientos sobre la lengua francesa.

Constituye un auténtico halago acompañar las palabras del fallecido y entrañable señor Domingo con mis trazos. Le conocí estos años pasados en la residencia de personas mayores que hay en Biescas. Charlé con él más de una tarde cuando iba a visitar a mi querida tía Carmen.

Hoy ninguno de los dos están. Los dos se han ido, como sus palabras románicas, testigo de la dura supervivencia ancestral en estas montañas.

Por ello, contribuir con mi trabajo artesano a la magia de que no se olviden, que no se licuen en medio de la bruma de los tiempos, constituye para mí todo un gran motivo de orgullo.

Para abordar este humilde trabajo, he entrelazado etnografía con arte y con naturaleza. Ni que decir tiene que me encantaría que este librito pudiera estar en la biblioteca del CDAN de Huesca.

Cuando Ricardo Mur y mi padre me plantearon el trabajo y me dieron libertad absoluta para utilizar la técnica que yo considerase más conveniente, en seguida pensé en el linóleo, porque para lograr un buen grabado hay que arañar la plancha con la misma sutileza y

paciencia con que los canteros medievales trabajaron en San Juan de la Peña.

La técnica del linóleo muestra esa austeridad del arte románico y del ajedrezado jaqués, así como la sencillez en la que vivieron muchos de nuestros abuelos y antepasados.

El linóleo es cosa de buen ojo, de gubias y de saber extraer con pocos trazos las esencias. No se puede fallar, una plancha es como un capitel de los de San Juan de la Peña. En realidad, el linóleo es una de las técnicas de impresión que más nos acercan al románico.

Previamente, he tenido que escoger rincones, chimeneas, objetos y siluetas que aún permanecen en Botaya para evocar un mundo que se fue, que queda esculpido en el claustro de San Juan de la Peña y en las palabras que este libro recupera.

Otra cosa ha sido la portada, la única ilustración en color que tiene el libro. No olvidemos que en la Edad Media también se coloreaban algunas veces los capiteles... Respecto a ella diré que he intentado mostrar dos cualidades: la austeridad y la alegría. Cualidades de un tiempo y de una persona que vivió a los pies de San Juan de la Peña. Por otro lado, con la gama de colores que he utilizado he querido recoger la candidez y sencillez que desprendía Domingo, las mismas que emiten aún hoy las tierras en las que él vivió, empapadas o talladas –según se mire– de románico. Dicho esto, resumo: la portada está hecha también a linóleo, mediante dos placas y retocada con programa digital de fotografía.

Concluyo, querido lector, y solo añadido el deseo de que mis grabados te ayuden a comprender mejor las viejas esencias de los parajes de San Juan de la Peña y las aldeas que, como Botaya, quedan a su pie.

M.^a OROSIA SATUÉ PAÚLES

Lieja (Bélgica), 5.º de Bellas Artes, curso 2008-2009



Chimenea de Botaya



IV. AL PIE DE SAN JUAN

Botaya está situado al pie de un solanizo. Es un pueblo alargado y por medio pasa la cabañera del ganado trashumante que parte al pueblo en dos barrios.

Botaya está al sur de San Juan, en su falda. Muga al norte con el monte que fue de los flaires y con el de Atarés. Al este con la pardina de Segaral, que era del marqués de la Cadena. Al sur con los pueblos de Osia y Ena y, a sol poniente, con las pardinias de Botartal, Botayuala y Cerzún. Bueno, he de decir antes de seguir que en este monte hay una pila de pardinias en las que vivía gente dejada de la mano de Dios.

Yo creo que las pardinias antes fueron pueblos y que por pestes o mala vida quedaron reducidas a una casa. Es lo que pienso yo, pero vete tú a saber...

El monte de mi pueblo ni es bueno ni es malo. Tiene trozos de pino, zonas de carrasca, abunda el boj y también los enebros. En el monte común lo que más abunda son los pinos y los cagicos. Hayas hay pocas porque les gusta mucho la humedad, solo alguna, arriba, en el monte de San Juan.

Nosotros llamamos a este monte así, aunque los turistas y los forestales lo denominan San Juan de la Peña.

Está limitado por una pared de almendrón, por una ralla de roca formada a base de un amasijo de piedras. Por el pie de esta ralla los forestales colocaron en tiempos de mi padre unas mugas de cemento que indican dónde termina el monte de Botaya y empieza el de San Juan.

Administrativamente, los forestales que vivían en San Juan pertenecían a Botaya. Aquí eran enterrados y aquí aprendían sus criaturas las primeras letras.

Voy a dar un rodeo. Las zonas más importantes del monte de Botaya eran la Colladona, que estaba en lo más alto, en la güega del monte común con el de San Juan; luego Larrasún, la Cuasta y

Sarramina, ya cerca de Osia; después, la pardina Legriso; luego, ya hacia Ena está Santa Fimia, la pardina de Cerzún, que la compró en su día el Patrimonio Forestal del Estado, Botayueta y Esporré.

También tenemos Laturio, que lo cambiaron los de Botaya, en que se fueron los monjes de San Juan, por un trozo de terreno próximo que era de Santa Cruz.

De fuentes, ríos y barrancos no andamos mal, el monte de San Juan es una buena cabecera. Voy a decir las fuentes que tenemos. Está la fuente del pueblo, que viene por dentro de tierra desde las peñas: es la que antiguamente utilizábamos para beber. Luego hay una pequeñica, junto a la pista, que la llamamos la fuente de la Colladona. Luego está la de las Calenturas, que es de la que ahora cogemos agua para las casas del pueblo, una agua que nunca sienta mal y que el cura de Abena tenía mucha fe en ella. Más abajo, en el barranco, está la fuente del Prado y aún más abajo queda la de la Foz que, por cierto, también la hizo célebre otro mosen, el de Osia, que sufría del corazón. Ahora, la mejor es la de las Calenturas, sin lugar a dudas. Antiguamente tenía dos troncos de pino vaciados para que pudieran beber las caballerías. Tenía dos chorros grandes, era un agua ligera y buena. En invierno sacaba vapor y las mujeres iban a lavar allí, en cambio, en verano no podías aguantar la mano de fría. Decían los mayores que hubo un año de sequero que secó todas las fuentes salvo esta. Eso es lo que nos decidió, cuando llevamos el agua a las casas, a canalizarla.

Los barrancos bajan desde San Juan. Son el de Botaya y el de Ena, lo que ocurre es que según por donde pasan reciben un nombre. El nuestro, el de Botaya, al comienzo lo llamamos de Madre Cequia y va a salir al Gallego cerca de Anzánigo, enfrente de la ermita de Izarbe. Un afluente es el barranco la Oliva, que en los mapas modernos también lo llaman de San Adrián porque pasa cerca de su ermita.

Debajo del pueblo, en el barranco de Botaya hubo un molino. Aún se nota una balsa enorme para recoger agua y allí teníamos los Huertos del Molino.

Vamos a hablar ahora del clima.

Botaya está más alto que Ansó y que Hecho, a parecida altura que Aragüés del Puerto. En cambio, Aísa y Borau ya le ganan. Botaya está 17 metros más alto que Bernués, 92 más alto que Biescas y 7 más bajo que Gavín. En fin, digo esto porque el cierzo da bastante y tene-



La carrasca de la carretera

mos un clima muy sano. Es un clima variable. Algunos veranos tenías que llevar prieta la chaqueta y, otros, te asabas de calor.

Botaya está a 967 metros y la casa de los forestales del monte de San Juan a 1222. La carrasca de la curva donde arranca la carretera que baja al pueblo desde la de San Juan también está a dicha altura. Antiguamente, delante de la carrasca había unos campos en los que sembraban cereal pero, últimamente, ya no se cultivaban.

La primavera a veces era fría. Yo he llegado a ver un día cinco de marzo cinco palmos de nieve. Me acuerdo porque se casó una vecina. Resulta que el día de antes hacía un día primaveral y los corderos andaban anchos por los trigos, pero se revolvió el cierzo y aparecimos así, con más de un metro de nieve.

Las plantas que florecen en esta época son el erizo, que se pone amarillo sobre todo en la Colladona. La camomila, que también da una flor amarillita, el espliego, la aliaga, la mulleta –alta y de campanillas blancas, que aparece y desaparece según el frío–; la grapolina, que solo se la comen las ovejas cuando florece; los cuculos, que son también unas flores amarillas que salen cuando llega el pajarico que llamamos igual, porque aparecen por los mismos días. Hay muchas más, pero estas son las que me vienen a la cabeza ahora.

Veranos hemos visto de todo tipo. Me acuerdo de un verano tan seco tan seco que se secaron todas las fuentes y, en cambio, otro fue tan lluvioso que aún verdiaban las espigas. Fíjate si fue aquello serio que había una casa que para los días del Pilar solo segaba las cabezas para trillarlas porque la paja ya no servía. Todo iba tan retrasado aquel año que no sé cómo fue, pero alguien trajo una semilla que desconocíamos y que nos vino al pelo, la llamaban manitoba y creo que venía de América. Era un trigo tardano que nos salvó. Lo sembramos el 14 de abril y aún tuvimos cosecha, en cambio, los de al lado habían sembrado ordio y no cogieron nada.

En verano también llegaban apedregadas. Un año, en Planderito, que son unos campicos de trigo que hay bajo las rocas de San Salvador, cayó una tormenta con piedra y los de Casa o Cojo perdieron la cosecha. Recuerdo que una mujer de esta casa se miraba a la punta de San Salvador, donde está la ermita, y decía:

–¡Ah, San Salvador barbudo, güena l'as feito!



En primavera, durante el deshielo, bajaban navatas de troncos por el río Aragón. Luego llegaban a Zaragoza y dicen que descendían hasta el mar. Yo no vi, pero mi madre, que había nacido en la pardina de Cerzún, contaba que los había visto de regreso, andando hacia los pueblos de donde eran, de esa zona de Bailo.

Para finales de la estación también se veían regresar los ganados ansotanos. De quien más me acuerdo es de Jorge Puyó de Ansó, cruzaban por medio el pueblo. Recuerdo que un año, para la fiesta pequeña, que es por San Adrián, el 16 de junio, llovía tanto y llevaba tan flacas las ovejas que se tuvo que quedar en la pardina Legriso porque no se atrevía a subir hasta Ansó, por el qué dirán.

Una vez, recuerdo que uno de Botaya le preguntó a un pastor de Ansó que si no encontraban a faltar a las mujeres, con aquella vida tan solitaria que llevaban en Tierra Baja. Y se conoce que el de Ansó le contestó:

—Ah, que más vale una rujadica en mayo, que chapa-la-chapa todo el año.

Para el verano se cosechaba y, como se suele decir, el tiempo lo hacía todo, ocho días adelante, ocho hacia atrás. También dependía de la orientación y de otras cosas. El trigo se segaba en julio, pero, como ya he dicho, los campos más altos que había en la Colladona se segaban para los primeros días de agosto. De todas formas, para San Bartolomé, que es para el veintiocho, ya tenía que estar terminado todo.

Respecto al otoño, pues hombre, sanmigaladas también había de todo. He conocido muy buenas, pero también muy frías y malas. Una fue especial, era para los años de la guerra, dicen que llovió tanto que el río Gallego se debió llevar hasta los bidones del aceite que tenían por el frente de Biescas. Se ve que más de uno lo recogieron bien abajo, por la zona de Anzánigo.

Del invierno puedo decir que la nieve caía según el modo en que enganchaban las nubes en el monte de San Juan. Este monte es muy alargado y la punta más oriental se llama San Salvador, porque allí tienen los de Santa Cruz de la Serós una ermita dedicada al santo. Bueno, pues si se colocaba en esa punta una boirica como un sombrero, nieve segura al otro día. No fallaba.

Una vez recuerdo que subía de encerrar el bacibo del ganado en un corral cercano a San Adrián y me encontré con el difunto Santos de Casa Juan Lorende. Al verlo le dije:

–¿Qué nos traerá esa boirica, Santos?

Y él me contestó:

–Yo qué sé qué nos traerá, Domingo...

Que qué nos trajo... que aquella noche cayó una nevada que no se podía salir de casa. Eso fue lo que nos trajo la boirica de San Juan...

Botaya las gastaba así. Un año, cada noche, nos caía un polvico de nieve y al final se nos clavó un metro de espesor. En cambio, en Osia, que está más bajo, se podían ver los trigos.

Antes, en Botaya, descargaba sin compasión.

Hablando de las nevadas en Botaya y del monte de San Juan, una cosa que era célebre era la cuniestra de nieve que permanecía durante el invierno a lo largo de su cresta. A veces duraba hasta junio y, como el monte era tan alargado, a la gente le parecía ver un caballo. Una vez, subíamos del molino de Anzánigo en la primavera y mi padre me dijo:

–Mira, hijo, mira el caballo blanco de Botaya.

Nunca se me ha olvidado.

Como en otros pueblos, para los de Botaya las estrellas tenían mucho interés. Antes, los mayores se miraban mucho al cielo. Recuerdo que había un barbero que subía de Anzánigo e iba por las casas afeitando y cortando el pelo. Una noche, estaba en mi casa, se asomó a la ventana para tirar a la calle el jabón de su bacía y al ver el cejo que tenía la luna alrededor, ese pañico que a veces la envuelve, dijo:

–Cuando la luna lleva cejo, ponte entre faja y vencejo.

Vamos, que venía frío a manta. Y no falló.

De estrellas recuerdo que los más viejos conocían un rabaño. Estaban los Fustes, las Cabretas, el Carro, el Estrellón del Alba, que marcaba la hora de comenzar a trabajar, la Carretera de Santiago, y alguna que otra más.

De las rocas ya he dicho algo. La del monte de San Juan es rojiza de punta a rabo. Se le conoce como piedra de almendrón porque pare-



Botaya desde la ermita de San Miguel

ce que está amasada con piedras redondas como almendras. También decimos que es una ralla, un precipicio.

Cerca de la ermita de San Miguel había una cantera. Cuentan que fue de allí de donde los monjes subieron con carretas la piedra para hacer el monasterio alto. Es una roca muy buena, no le entra la carcoma, no se desgastará jamás.

Otros suelos son de salagón, hay de buro y, también, salen tiricas de yeso. El mundo está criado de muchas formas.

Yo creo que las montañas se formaron cuando aquello del Diluvio. Antes era una cosa y después se conoce que fue otra. Eso dicen, porque creo que en Sabiñánigo las aguas del Gállego se iban para el Aragón y, luego, a raíz de los del Diluvio, se abrió un boquete en Sabiñánigo y el río Gállego se fue por un lado y el Aragón por donde ya circulaba.

Un misterio. Un misterio de verdad.



Rincón de Botaya



V. EL ÚLTIMO LOBO

En Botaya, al estar tan cerca de San Juan, había muchos bichos.

Aves, teníamos el buitre, las boletas, los quebrantahuesos, los alforrochos...; vamos, un sinfín. Las boletas llegaban en la primavera. También estaba el cuculo, que ya lo he dicho.

En mi pueblo, los más mayores decían que si el cuculo no llegaba para el 3 de abril, o estaba muerto o estaba por morir.

Debía de haber muchos por estos montes porque hay un pico en San Juan que mira hacia Binacua que lo llaman monte Cuculo.

También decían que se marchaba con la siega, con el ruido de las zoquetas, que eran unas fundas de boj que te ponías en la mano zurda para no cortarte con la hoz y enganchar bien la gavilla.

Chocar entre sí las zoquetas, oírse ese ruido que hacían y desaparecer el cuculo era todo uno. A lo mejor era verdad.

El caso es que por allá en abril y mayo, a nada que cayese una rujadica de agua, daba gloria oír cantar al cuculo por esos solanos.

Esparbeles había muchos y de muchos tamaños, vivían de la caza de culebras, perdices y conejos.

También había por esas peñas águilas. Cuentan que Demetrio de Casa Liena cortó un pino para coger un nido. Eso no se puede hacer, pero aquellos eran otros tiempos. También se dice que en Botaya había un crío adoptado, un borde que se decía, que en cierta ocasión trepó por unas rallas para coger un aguilucho. El caso es que subir, subió, pero luego no sabía bajar. Esto suele pasar, pero lo que no es tan frecuente es que te obliguen a bajar amenazándote con una escopeta. Al parecer, eso es lo que hizo el padrastró.

Algún misterio debían de tener las águilas porque yo he visto garras de estos bichos clavadas con una punta en la puerta de la pardina de Cerzún.

Tampoco faltaban alforrochos, que son parecidos pero más pequeños y que, a nada que las mujeres se descuidaban, se llevaban las gallinas. Había grisos, pardiscos y, otros, medio marrones. Había de muchos tipos.

Las boletas volaban muy alto. Llegaban en la primavera desde tierras cálidas. No sé cómo demonios lo hacían, igual era como las golondrinas, que cuentan que vienen agarradas en los barcos...

Pájaros pequeños había de muchas clases. Estaba el gorrión, la cardelina, la golondrina, el falciño, el tordo pardo que se comía las semillas de los enebros; muchos, había de muchas clases. Hoy apenas quedan, yo creo que es por el asunto de los sulfatos.

Había unos muy simpáticos, eran los papirrois, que con su llegada marcaban el cambio de tiempo. Llegaban a comienzos de primavera o antes, para los días de San José. Una vez, de crío, estaba de pastor por esos montes, llovía y hacía frío, estaba acurrucado, con el paraguas ancho y dos papirrois no se me iban de los pies. Fíjate la mala gana que tendrían pobres bichos.

De los animales mamíferos también se puede hablar largo y tendido. Yo no he visto lobos, pero cuando yo era pequeño aún había.

Una vez oí contar lo que le había pasado a un pastor que subía al atardecer de encerrar el ganado en un corral por el camino de Osia. Por lo visto había oído otilar a un lobo y a él no se le ocurrió otra cosa que imitarlo, que ponerse a gritar como el lobo. Bueno, pues que al momento ya lo tenía cerca y bien se valió de un pajar que había a la entrada del pueblo. Allí se tuvo que encerrar hasta que amaneció y el lobo se dio la vuelta.

Otra le pasó a un chico que tenía cinco años más que yo y que servía como repatán en la pardina de Esporré. Como ponían a los críos a trabajar muy jóvenes, esto sería por el año 1916. Decían que él había visto al último lobo de la zona y que era tan viejo y estaba tan gastado que enganchaba una cabra por el cuello y no la sabía matar, que se le reían las cabras en la misma cara. Pobre animal.

Mi padre también me hablaba de los lobos. Contaba que Colchoné de Canfranc solía bajar a la pardina de Lacarrosa y que llegaba tan previsto frente a los lobos que venía con trece perros mastines. Él, montañés, era muy precavido, pero los lobos eran feroces. Una vez dice que



marcharon tras un lobo hacia San Juan y que uno de ellos regresó sin cola. Así las gastaban los lobos. No te podías fiar.

También se corrió que cuando ya quedaban pocos lobos, el guarda forestal dejó montada una escopeta en un camino de la pardina de Esporré, a la espera que pasara el lobo y se le disparara, pero tuvo tan mala suerte que quien pasó fue el pardinero que iba a apacentar los bueyes. No sé qué paso, pero creo que hubo un lío de armas tomar. Con las escopetas no se puede enredar nunca porque ya se dice que las carga el diablo.

En el monte de Botaya no faltaban tampoco rabosas, fuinas, melones y gatos monteses. Los jabalines llegaron en que desaparecieron los lobos. Haber, habría, pero los lobos los debían llevar a ralla.

A los gatos monteses no se les miraba el pelo. Una vez cazaron un gataz hermoso en la pardina Segaral y se hicieron una lifara que tembló el misterio.

También he oído hablar de los osos, pero no del monte de Botaya, sino de los puertos que mugan con Francia. Una vez, cuando yo era crío, un pastor de la pardina de Esporré que había servido para ganaderos de Canfranc, me dijo que el oso les salía en Candanchú, que venía del lado de Francia y que les mataba por la noche las ovejas. También contaba que para liquidarlos había que hablarles, que entonces se ponían de pie y que había que aprovechar para dispararles al pecho porque en esa zona tiene menos pelo.

¡Qué tiempos aquellos!



Borda y robles al pie de San Juan



VI. PAN CON SUDOR

En Botaya había que ganarse el pan con el sudor de la frente. Solo el ir a Jaca de compras costaba cinco horas y otras cinco de vuelta. Algunos decían que cuatro, otros que cinco... Un vecino decía que no se podía parar a comer porque si no se llegaba de noche, que había que comer por el camino, andando.

Ir a moler también llevaba lo suyo. Si se iba al molino de Bernués, costaba tres horas, si se hacía al de Ena, un poco menos, pero poco se llevaba, y si se hacía al de Anzánigo nadie te quitaba otras tres horas.

Era una vida dura y, además, vivía en aquellos pueblos mucha gente. Cuando yo era pequeño muchos se dedicaban a hacer hormigueros. En algo había que trabajar. Limpiaban de maleza el monte, le metían fuego y la ceniza la empleaban para abono. Eso era hacer hormigueros, deforestar corros de tierra en el monte, quemar la broza y echar su ceniza para abonarlos, para que se pudieran cultivar. A estos corros de tierra los llamábamos articas. Eso se hacía mucho en las pardinas y de Botaya marchaba mucho personal a ganarse así la vida.

Aquello era cosa del hambre, de la necesidad que llegaba a tal extremo que, por ejemplo, en La Coasta había una artica en la que se segaba en el mes de septiembre.

De Botaya, por fuerza, salía mucho peonaje. Yo he oído contar que en la pardina de Botartal aún cobraban los peones a diezmo, es decir, que la décima parte de los fajos era para ellos y el resto para el señor que era del pueblo de Ascara. Así iba el mundo entonces.

Si me preguntas por las casas de Botaya, te diré que yo aún he visto un papel de 1915 en el que decía que había 37 casas abiertas, más tres que había en San Juan de la Peña, la del ermitaño y las de los dos forestales.

Si nos ponemos a contarlas, ya salen. Casa Campo y Casa Flaire eran las dos más fuertes, aunque estas cosas cambian con los años



Chimenea y fogaril marcado en la pared (Botaya)



y se dice que en un tiempo las más fuertes fueron Casa el Herrero, Casa Buesa, Casa Juan Borau y Casa Francha. De Casa el Herrero he conocido tres corrales en el monte y, además, tenían horno propio cada una de ellas. Casa Buesa fue muy importante, un día llegó un alemán, compró la portada y un ventanal y se las llevó a una casa que se hacía en Banaguás. Se conoce que esas casas que tienen la portalada redonda de piedra fueron las más fuertes, las más importantes.

También había casas pobres. A la salida del pueblo había una casica pequeña junto a un pajar y se ganaban la vida como podían. He oído contar que cogían lobatones por las madrigueras y que los enseñaban por esos pueblos y pardinás de Dios para que les diesen algún cacho de pan. Se dice que los críos iban medio descalzos y que una vez llegaron a Casa el Señor de Osia con un lobeznó que había localizado su padre. Al parecer, iban juntos dos hermanos, los hicieron subir a la cocina, les sacaron un caldero de potaje y se ve que luego contaban por los pueblos:

–Yo sacaba mucho, pero mi hermano José, más. Cada cucharetonazo, un almute más.

Quería decir un almud más, fíjate si tendrían hambre aquellas pobres criaturas.

Otras casas humildes eran La Ferrera, que se quedó una señora sola, Fañanás, Casa de Ana...

La nuestra se llamaba Casa Cerzún porque de aquella pardina vinieron mis abuelos, aunque ella había nacido en Anzánigo y él en Ulle. Iban de un sitio a otro ganándose la vida y llegaron a Botaya porque los reclamó una tía que no había tenido hijos.

Botaya está dividido en barrios por el paso de la cabañera. En un barrio está Casa Ferrera, Ainés, Juan Lorén, Cosma, Sastre, Pedro, Manuel, Francha, Enciana, Cojo, Flaire, Marieta, Campo, Juan Borau, Molinero, Jusepe, Herrero, Tejedor, Cerzún, Pascual, Franciscaz, Andrés, Adriana, Palacín, Miguela y Fañanás. En el otro está Guallar, Gabás, Yerno, Simona, Vera, Carpintero, Narciso, Cantero, Olarieta, Cristo, Fañanás, Labadía y Samitier. Estas son las que me acuerdo.

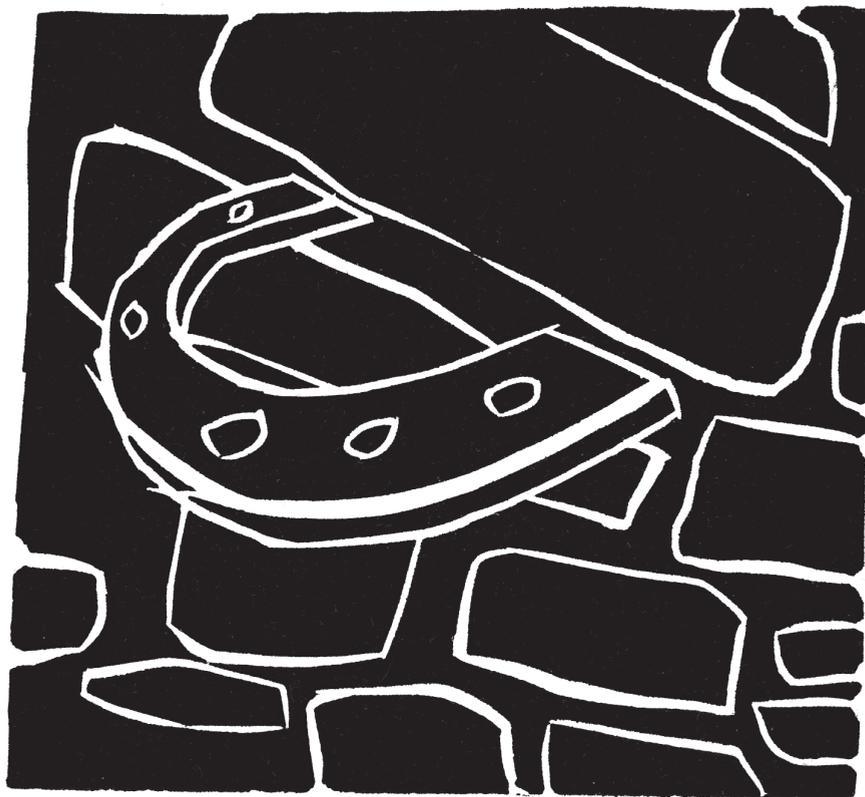
En general, Botaya era un pueblo humilde, para qué lo vamos a negar.

Hay un dicho que dice:

“Botaya, mala calaña, que recoge el trigo y arrulla la palla”.

Es decir, que recogían el trigo y aventaban la paja. Yo no sé de dónde se sacaron eso porque en Botaya no se tiraba nada. Eran cosas de los de antes, porque el caso es que el molinero decía que el mejor sementero de la zona era el de nuestro pueblo.

Los pueblos de la zona tampoco se libraban de los motes. Que yo me acuerde, a los de Ena los apodaban raneros porque había muchas ranas en el barranco y se las comían; a los de Anzánigo creo que escopetiaus, porque siempre iban deprisa; a los de Santa Cruz, esbarranquiaus, porque ese lugar está lleno de barrancos; y a los de Atarés, torulos, porque echaron una vez un gran tronco a rodar. Así se manejaba aquella gente.



Herradura para atar las caballerías a la pared (Botaya)



VII. FLAIRES Y SEÑORES

De cuando los flaires hicieron el monasterio alto debe ser que en Botaya existe una casa que la llaman Casa Cantero. Nosotros teníamos un huerto de esa casa. Debieron trabajar tantos años en el monasterio nuevo que se quedaron en el pueblo. Era una casica muy pequeña, con las esquinas muy bien trabajadas. No debieron ser ellos solo, porque en aquella obra de los flaires tuvo que trabajar un rabaño de personas.

Los flaires debieron dejar un lío grande con lo del monte. Parece ser que uno de aquellos monjes era de Casa Flaire y por eso esta casa se llevó una parte de lo que era de San Juan. Aún me acuerdo que en esta casa guardaban el boletín en el que venía lo de la desamortización de San Juan de la Peña. El caso es que fuera como fuese, dos o tres casas se hicieron con fincas de San Juan de la Peña y así llegaron los problemas.

Cuando vinieron los del catastro, los de Casa Flaire enseñaron al ingeniero el boletín en el que venía la desamortización. Les parecía que con aquel papel tenían una mina. El ingeniero lo miró bien de arriba a abajo y les dijo que en tiempos, cuando se fueron los flaires de San Juan, que los de su casa debieron quedar como aparceros, es decir, que seguían las tierras de los monjes y les pagaban a estos los diezmos. Así vino el lío después que unos vecinos mandaban en una cosa y otros en otra.

Las pardinias de Botayuala y Botartar también eran de los flaires. La primera se la compraron a los flaires dos casas de Ascara, la del Herrero y otra que no recuerdo; luego, la compró Casa Jiménez de Paternoy, que era una casa fuerte y, después, esa familia se la vendió a uno de Murillo de Gallego, que eran, creo, tres hermanos. Como uno se vendió su parte y no la tenían deslindada, al final pusieron mugas, pero lo hicieron por donde les vino en gana. Un lío gordo, porque aquellas fincas de los flaires pasaron a ser de unos y sus hierbas de otros.



Tímpano de la iglesia de Botaya



Ya no sé bien cómo fue, pero aquello complicó durante años la convivencia en Botaya.

Estas dos pardinas mugaban con Botaya por un cacho que se llamaba el Alero y que lo podían correr con el ganado tanto unos como otros.

El monasterio de abajo fue una cosa muy vieja, se dice que un tal San Voto iba a caballo, de caza, y no se cayó por la ralla de milagro. Bien se valió de la caballería, que tanto clavó las herraduras que, se conoce, quedaron allí marcadas para siempre. Donde pasó esto hicieron una ermita y, debajo de la roca, el monasterio viejo.

El monasterio de arriba es el nuevo. De este se dice que, para hacerlo, subían la piedra desde la cantera que hay junto a Botaya, con una carretica. Creo que la subía uno de Las Pedrosas, de un lugar que está por la Galliguera, debajo de Ayerbe. La piedra salía de al lado del pueblo, de La Oliva y Peracorza, que hay una ralla muy buena y aún se nota los espedragales que dejaron.

No sé con qué cortaban la piedra pero el caso es que había un dicho que hablaba muy bien de las mulas que salían de aquel pueblo:

“Las Pedrosas, lugar de las hermosas; las mulas, pero no las mozas”.

De los monjes he oído a los mayores que tenían un paseo soleado por debajo de la ralla de San Juan, mirando al sur. Allí se refugiaban los días malos para leer y rezar.

Así debía ser aunque también había un dicho que los dejaba mal parados. Decía así:

“Santa Cruz, Botaya y Ena, todos son hijos de los flaires de San Juan de la Peña”.

Aquello era cosa de los de antes.

El caso es que al paseo de los flaires iban a morir muchos caminos que servían para que cada pueblo llegase a San Juan a pedir agua. Subían por la ladera, por espedregales que hay entre las carrasas y que se llaman achares. Los pueblos de sol saliente entraban por la Cleta, que es por donde ahora se mete la carretera en San Juan.

Los monjes de San Juan y los de Leire eran de la misma orden.

Los flaires, en Botaya, tenían un granero edificado junto a la iglesia. Sea por lo que fuera, ese granero se lo quedaron los de Casa Flaire.

Ya he dicho que Botayuala también era de los monjes. Allí había una ermita que ha existido toda la vida y que se llama San Climién. Yo sólo he conocido que paredes y la piedra del altar.

Cerca de esta, al otro lado del barranco, había otra ermitica dedicada a San Cristóbal. Cuando los de Casa Flaire hicieron un corral, salía mucha piedra trabajada.

Aquello debía ser las iglesias de dos pueblos que se amortaron.

Lo mismo ocurría con la pardina de Botartar, donde había una ermita muy vieja dedicada a Santa María. Esta pardina se la quedaron dos casas de Ascara. Al encerrar ganado dentro, poco a poco, la ermita se ha ido cayendo.

Pero en estos montes no solo hay ermitas, cerca de la carrasca de la curva está el Ojero de la mora. De esto se dice que una mora se quedó escondida en aquella cueva y que todas las mañanas se comía las migas que preparaban para comer los pastores que había por los alrededores. Esta cueva está cerca de un rallizo y se dice que tiene un túnel que pasa hasta San Juan.

También se dice que la ermita de San Miguel, que está al lado del pueblo, tenía otro túnel por el que se llegaba hasta San Juan de la Peña y que los monjes iban y venían cuando les venía en gana, sobre todo si había peligro.

Esto es lo que he oído decir de los monjes o flaires de San Juan. Bueno, esto y una historia que no sé si será verdad. Se dice que uno de Ena subía todos los años a arreglar el tejado del monasterio alto, a darle un repaso. El caso es que un año no pudo subir el padre y mandó al hijo que estaba aprendiendo el oficio. En una esquina del tejado encontró una teja agujereada, la tiró y puso otra buena. Cuando acabó la faena regresó al pueblo y se lo contó a su padre. Éste, contrariado, se ve que le dijo:

–Pero hijo, qué has hecho, esto va a ser la ruina.

El caso es que dicen que el padre volvió a subir a San Juan y puso de nuevo una teja agujereada, pero en otro lugar. Así iba marchando el negocio.



Iglesia de Botaya

También hubo gente muy rica por este país. Yo creo que los más ricos eran los de Casa el Señor de Osia. Tenía bastante labranza y dos pardinas, las de Legriso y Altasobre.

La dueña era de otra casa fuerte de Larués. El amo era trabajador y valiente. Una vez estaba sacando losa en una ralla con unos peones y se soltó un losizo grande, con tan mala suerte que tuvo que venir un médico de Jaca para amputarle la pierna. Los ricos de la montaña no eran como los de las ciudades. Aquí, para algunas cosas, daba igual.

También tuvieron mucha importancia por estos pueblos los curas. Yo recuerdo a mosen Bordetas, que se cayó al fuego y murió. Era un señor muy mayor. Llegó el médico y dijo que no se podía hacer nada.

Aquel hombre tenía un huertico y se aforraba, se quitaba la sotana, y se metía a picar.

Un día un crío lo vio así y pasó por la plaza gritando:

—¡Lola, lola. Mosen forau!

Era pequeño y le quería decir a su abuela que había visto al mosen aforrado, sin la sotana.

Aquel hombre era muy majo. Los del pueblo, cuando se murió, le hicieron un casetonico en el cementerio, junto a la ermita de San Miguel.

Después vino el cura de Osia, que era natural de Abena, y había tenido una hermana casada en Casa Flaire. Él tenía mucha fe en el agua de una fuente y cuando subía el cura de Ena este le decía que a dónde iba a parar, que donde hubiera buen vino, que se quitara todo lo demás.

Al cura de Osia le sustituyó el de Ena, que había estado casado y sido herrero, pero que de mayor se había metido cura. También había estado por esas tierras del Hostal de Ipiés. Lo llamaban Mosen Fierro, seguramente porque era algo bruto.

Este cura las tenía con que no se podía trabajar los domingos y una vez casi tuvo problemas con un pardinero de Cerzún. Aquel hombre, por lo que se ve, llevaba una carga de leña a una hermana que tenía casada en Ena y el cura lo denunció por trabajar en domingo. Era lo que a los curas y a la Guardia Civil les tocaba hacer.



Ermita de San Miguel (Botaya)

El caso es que el pardinero estaba empeñado en ir a esperar al cura al paso O Lobo con una escopeta. Al final no sé cómo fue, pero se le quitó aquello de la cabeza.

Aquel cura era muy aficionado a las abejas. Tenía un colmenar y le gustaba mucho amasar el vino con miel.

Murió en Ena.

Ahora hay un cura mayor, muy conocido y muy majo. Es de Artieda y lleva un rabaño de pueblos. No para. Arregla él solo las ermitas, se sube a los tejados a retejar y nunca lo he visto sin sotana. Cuentan que la abadía que tiene en Bernués se le cayó y que él solo se ha hecho una nueva pero muy humilde.

Las malas lenguas dicen que se hizo un garaje, que metía el coche pero que no lo supo sacar. Será un chiste...

Mosen Benito es muy buena persona.



VIII. LOS OTROS HABITANTES DE SAN JUAN

En San Juan conocí tres familias.

Uno era el ermitaño Juan, que se ocupaba del monasterio y que, además, se ganaba la vida de hojalatero. Era natural de Arrés, de un pueblo que está por cerca de Puente la Reina. Iba por los pueblos con un caballico y arreglaba coberteras, pucheros y cazuelas. Aquel caballico tenía mucho nervio y Juan lo hacía subir y bajar por el achar de Botaya hasta San Juan. Esto lo hacía un día sí y otro también y nadie recuerda haberlos visto rodar por aquellas pendientes.

Luego había dos guardas que se ocupaban de vigilar el monte desde que lo declararon Sitio Nacional. Estaban casados entre hermanos. Yo creo que luego un matrimonio se bajó a Arguis y otro a Loarre. No lo sé a fe cierta.

Los dos matrimonios tuvieron un rabaño de hijos que cuando el tiempo lo permitía bajaban a la escuela de Botaya. Estos y los del hojalatero bajaban con una meriendica y se la comían en una casa del pueblo. En que acababa la escuela, hala, a subir de nuevo por esas peñas.

Juan, el ermitaño que también hacía de hojalatero, vivía al lado del monasterio alto, en el sitio donde luego han puesto la hospedería.

Los otros dos matrimonios vivían en un edificio de los forestales que había pegado a la iglesia de San Indalecio.

Tenían un pozo y, en invierno, le echaban nieve para que no les faltara agua en verano. También tenían una balsa para regar, que es la que seguramente empleaban los flaires de antiguo.

Todavía me acuerdo de los hijos del hojalatero. Estaba Pepito, que era de mi tiempo, luego venía una hermana, luego Juanito, que es el que se quedó de ermitaño, después Andrés y, por último, uno que se llamaba Bautista.



Casa de los forestales (San Juan de la Peña)



Yo he oído decir que los guardas eran muy trabajadores, que eran de por esa parte de Montmesa y que, una vez, se echaron a labrar el prado de San Juan para sembrar patatas hasta que les echaron el alto los ingenieros de Huesca. Sacaban unas patatas buenísimas que se las bajábamos con caballerías los de Botaya hasta el tren de Anzánigo. Al parecer, luego las vendían por su pueblo. Aquella gente no paraba y se ganaban la vida como bien podían.



Monasterio alto de San Juan



IX. FAMILIA Y NIÑEZ

Mis padres eran una pila de hermanos. Nosotros fuimos nueve. Aquello, entonces, era lo habitual. La primera se llamaba Petra, el segundo fui yo, el tercero –Aurelio– murió de muy poco tiempo y no me acuerdo verlo, luego venía Adrián, después Candelaria, después de Candelaria, Victoria, después de Victoria, Emerita, después de Emerita, Benito y, después, la última: Amelia. Esos fuimos los hermanos y cada uno marchó por donde pudo. En el pueblo nos quedamos Petra, que se casó en otra casa, y nosotros tres, Benito, Victoria y un servidor.

Mi padre nació en Sarsamarcuello y aún oyó hablar de las guerras de los carlistas. A los siete años ya cuidaba corderos para una casa de Esquedas. Me contaba que los hijos de esta casa, cuando salían de la escuela, iban a llevarle a él la comida. Por eso, de mayor, no sabía de letras.

Al poco tiempo, lo subieron sus padres a la pardina de Lacarrosa, y estuvo toda la vida trabajando a lomo caliente.

Mi padre era muy trabajador, muy bueno. Lo mismo que mi madre, que se había criado en la pardina de Cerzún y que tampoco pisó la escuela.

Mi madre murió pronto, sufría del corazón. Una vez los de casa marcharon con una caballería a buscarle agua la noche de San Juan al barranco de Estarrún. Decían que tenía mérito aquel agua. Se hizo todo lo que se pudo, pero mamá se marchó muy joven.

Entonces, se vivía así.

Yo tuve más suerte y fui a la escuela. Mi maestro era de un lugar perdido por esos montes de Sarrablo. Creo que era de Yéspola o algo así. Vino casado y tenía un hijo varón y cuatro hembras. Además de dar clase se ocupaba de llevar los papeles a tres o cuatro pueblos. Hacía de secretario.

Cuando venía el frío le gustaba tener a mano una botellica de vino —él decía que quemado—. La guardaba en un armario junto a la tinta y había un compañero que, a veces, nos echaba en los tinteros vino en lugar de tinta.

Esto lo cuentas y no se lo creen.

También en invierno íbamos por las casas con un brasero a recoger brasas de los hogares. Debía ser para todos, pero el maestro se lo colocaba entre sus piernas.

A pesar de todas estas cosas, aprendimos bastante con él. Teníamos un libro en el que se nombraba un rabaño de veces a Juanito, por eso nosotros jugábamos a ver quién encontraba antes en las páginas a Juanito.

Había una chica que hablaba mal y nos le reíamos todos. Aquello no estaba bien, pero el mundo iba así.

También había mapas y, sobre todo, recuerdo un librico pequeño que se llamaba *Fábulas* de Iriarte. Me acuerdo una que decía:

Cerca de unos prados
que hay en un lugar,
pasaba un borrico,
de casualidad.
Una flauta, en ellos,
se dejó olvidada, un zagal,
de casualidad.
Acercose a olerla el dicho animal
y sonó la flauta, de casualidad.

En reglas del arte, por escrito hay, que una vez aciertan...,
por casualidad.

Eso aprendí y no se me ha olvidado, que no hay que esperar a que suene la flauta, que hay que ser precavido.

A veces, don Manuel, que así se llamaba, nos castigaba a quedarnos en clase sin ir a comer y no había forma de escapar porque su mujer, que se llamaba Severa, se ponía en medio del pasillo con los brazos cruzados y no nos dejaba salir.



Eva hilando (claustro de San Juan)

Después cambiaron de maestro y con don Simeón llegaron las *Lecturas de oro*. Él era de Somanés y se casó con una chica de una pardina, creo que la de Fosato. La pobre mujer se le murió de sobreparto en Botaya. Él fue quien compró aquel libro.

Teníamos mucha afición a leer y escribir. Cuando nos juntábamos de pastores los críos de los pueblos, jugábamos a ver quién escribía mejor en las piedras y en las puertas de los yerberos. Había uno de Ena que lo hacía muy bien. Solía escribir letreros como este:

“Mariano Puente, pastor, con tantas cabezas lanares y tantas de cabrío”.

Él era de mi tiempo y a los dos nos pasó lo mismo. Como para el 29 de septiembre, que es San Miguel, se contrataban los pastores, con diez años los dos ya no pisamos la escuela.

La escuela se acabó pronto, pero dio mucho de sí. Con don Simeón hacíamos la planta de los árboles. De aquel día aún recuerdo algunas estrofas, creo que decíamos algo así como:

“De los montes de fronda vestidos, cual detienen la nube al pasar, como arrancan del suelo las raíces de agua fresca y copioso caudal...”.

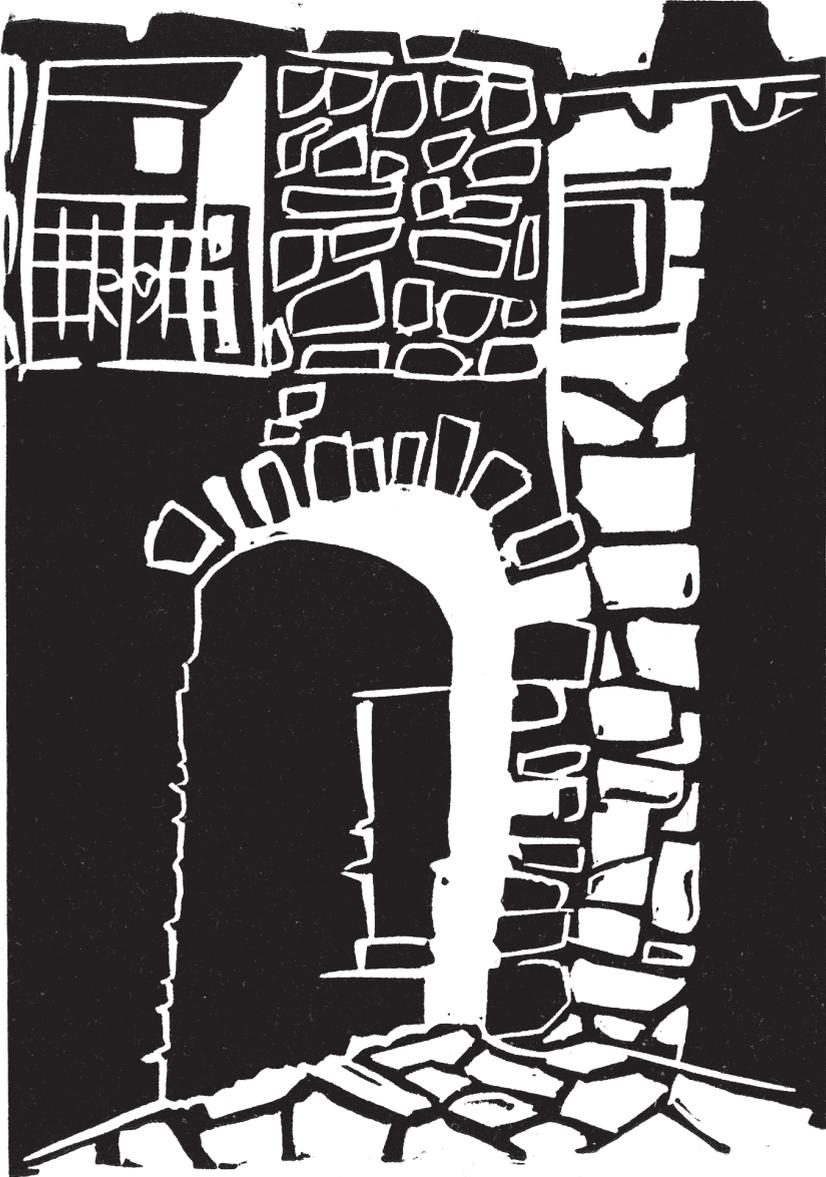
No me acuerdo qué árboles plantábamos, pero lo hacíamos en las orillas del barranco de Osia, en las Basas, junto a una balsa que había para remojar el cáñamo.

De niño también me acuerdo que hacíamos una hoguera para San Sebastián.

Como por las calles había fajos de leña para los hornos de pan, nosotros, los más pequeños, íbamos a robarlos para echarlos en la hoguera, para que prendiera mejor y subieran las llamas bien altas.

De los juegos recuerdo sobre todo el de los conejos. Jugábamos en un rincón de la plaza, en las escaleras de la iglesia. Allí nos poníamos los conejos y, en el medio de la plaza, estaban los perros, los que hacían de perros. A veces, estos nos enganchaban y, cómo no parábamos, nos rompían la ropa.

Como empecé a ir de pastor con diez años, mis padres me apuntaron a las clases de adultos con don Simeón, y como aún éramos críos, había uno de nuestra edad, huérfano, que había nacido en la pardina



Rincón de Botaya

de Cerzún, que aún no habíamos salido de clase, ya tocaba los cencerros –las esquilas, que se dice– para llamarnos a jugar a conejos. Esa era la marcha. Así se vivía entonces.

Para Pascua también íbamos a pedir huevos por las casas y nos hacíamos una lifara en una casa. Eso hacíamos y los más mayores iban a enramar los balcones de las chicas con ramas de cerezo o de sabina. Una vez subimos hasta San Juan para enramar a las chicas del guarda.

La escuela vieja a la que fui yo era un patio, luego una escalerica que pasaba por delante de la cocina del maestro y, después, venía la sala donde aprendíamos de letras.

Al parecer aquello venía muy justo y un buen día el ayuntamiento se reunió para ver qué hacían. La decisión se tomó de modo tan unánime que, sin acabar la reunión, de allí mismo salieron hacia la escuela para deshacerla.

En el suelo de la plaza pusieron fajos de boj y, desde el techo, lanzaban las losas buenas para que no se rompieran y sirvieran de nuevo.

Entonces, la escuela la pusieron a piso de tierra, con suelo de madera. En el piso de arriba quedó una buena vivienda para el maestro.

El problema es que como la hicieron a las bravas y no pidieron permiso al Estado, luego este no quería soltar ni una perra y el pueblo se dividió. Lo curioso es que los que no querían pagar fueron los que luego tuvieron más hijos y mayor provecho le sacaron.

Estos años pasados, cuando ya no había críos y la escuela se cerró, el Ayuntamiento de Jaca la sacó a subasta, pero aún hubo unos años que la última maestra, que era valenciana, la alquilaba y subía a veranear con una sobrina. Fíjate si aquella mujer le cogería cariño a este pueblo.



X. LA VIDA A DIARIO

La vida entonces era otra cosa.

En una casa fueron dos hermanas. La mayor se casó en Botaya y la segunda lo hizo a Santa María de la Peña. La primera, que se casó en el pueblo, no tuvo hijos porque el marido murió muy pronto. Luego se casó con otro y tampoco tuvo hijos. Como a ella le gustaban mucho los críos, hacía de comadrona. El caso es que uno de los hijos que tuvo la hermana en Santa María lo subieron a Botaya para que lo criara ella.

De las bodas recuerdo que una vez Domingo de Casa Buesa, cuando los novios dijeron que sí, él se metió a pegar tiros en la lonja. Lo hacía para festejar el acontecimiento.

El casamiento se producía en el pueblo de la mujer.

Si alguna vez se casaba un viudo, luego le hacían una esquilada con cencerros, sobre todo si no pagaba lo que señalaban los mozos del pueblo para hacerse una lifara.

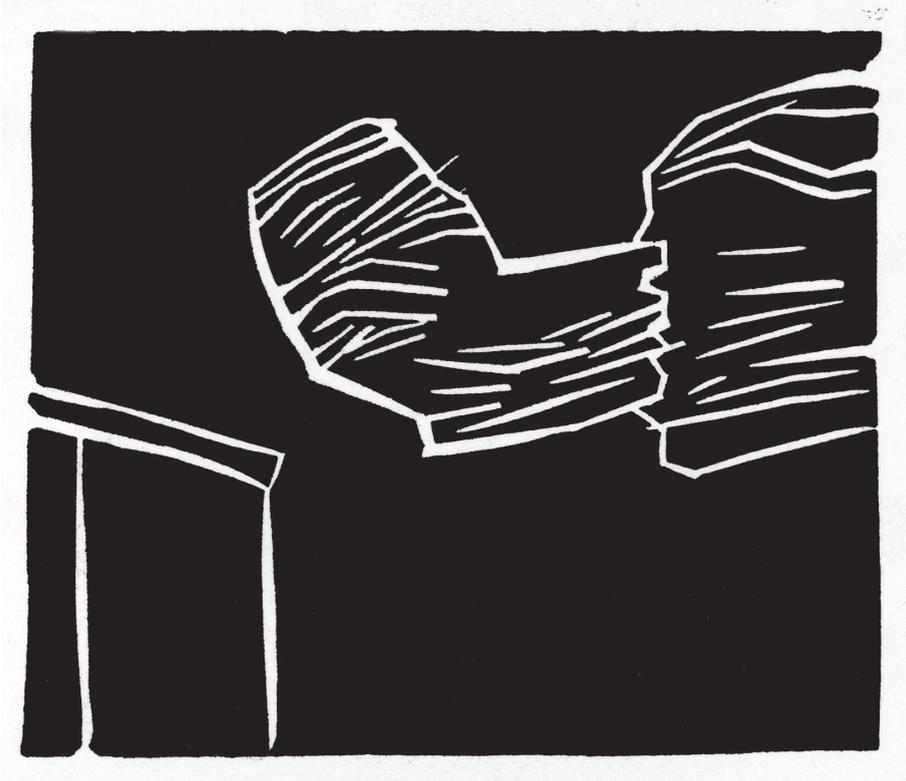
Ahora que hablamos de esto, a uno le echaron un pozal de ceniza por la chimenea y le cantaron esta jota:

Jorge, si quieres comer carne
para esta tarde o mañana,
bájate a coger un erasco
que ahora pasa la cabaña.

Un erasco era un carnero o macho castrado, de esos que a veces llevaban en las cabañas que subían o bajaban a Tierra Baja.

De los entierros puedo decir que en mi tiempo las cajas ya se compraban en Jaca. Un año se murió una chica, y como cayó una nevada enorme, no fue posible y la hizo un carpintero en el mismo pueblo.

Si hablamos de los entierros, hay que hacerlo también de la Cofradía del Rosario. La llamaban la Cofadría y sus miembros se ocu-



Madero incrustado en la pared para atar caballerías (Botaya)



paban por orden de hacer de enterradores –de picar la fuesa. Asistían todos los miembros al funeral y el domingo del Rosario hacían una comida en los bajos del Ayuntamiento.

Cuando llegó la República aquello se deshizo, pero cuando gobernó el primer alcalde de Franco, la costumbre volvió.

Eran tiempos distintos. De las brujas se oía decir bastantes cosas. Lo prudente es no contar nada porque muchas cosas eran imaginadas.

Lo que sí puedo decir, porque es muy conocido, es que en Jaca he llegado a ver las espirituadas el día de Santa Orosia. Un año me tocó ir de crucero y las veías gritar debajo de la urna de la santa. Para mí que pedían a la santa que las librase del mal dado que llevaban dentro.

Por fin aquello se cortó porque había mucho escándalo.

Se vivía de milagro, por ejemplo en Botaya, para curar los resfriados, la mejor medicina era beber vino caliente amerado con miel. Aquello era la mejor medicina.

Bueno, también se acudía a curanderos. Yo mismo puedo decir que tenía una prima que se llamaba Delfina y que tenía poderes. Vivía en Santa Cilia de Jaca y dicen que los poderes le venían de haber nacido en Nochebuena. Habían sido un rebaño de hermanos y apenas había podido aprender cuatro letras. El caso es que una vez fui yo con un problema y antes de mí pasó uno que apenas se podía mover y salió braciando.

Aquellos eran otros tiempos. Me acuerdo que una vez estaba de boyero en el cobajo del monte y dos o tres críos del pueblo cogieron una culebra, la asaron y se la comieron. Las cosas no estaban para bromas, pero igual se reía.

Vamos a hablar ahora de las fiestas y romerías.

Para Navidad, en Nochebuena, se hacía una troncada grande. Mi abuelo guardaba troncos especiales para aquella noche. Eran de cagico y bien gordos.

El fuego ardía toda la noche y se calentaba vino para hacer poncho endulzado con miel.

La ceniza la recogían y no recuerdo para qué era buena.

Recuerdo también que aquella noche se hacía una cena extraordinaria con el mejor ternasco que había en casa.

De los Reyes, poco podemos hablar. Solo que los padres dejaban cuatro cosotas en una ventana para mantener la ilusión de los críos.

De Navidad pasaremos a carnaval.

Para los días de carnaval se hacía mucha juerga. Se recogía comida por las casas y los mozos y las mozas se disfrazaban. Me acuerdo que un año, un hombre de Casa Buesa rellenó sus canzoncillos con tanta paja que no podía entrar en las casas. Por un lado daba risa, pero por otro daba miedo porque llevaba la cabeza negra de hollín con dos cuernos enormes de buco.

Así era el carnaval, comer y reír de continuo.

Durante Semana Santa no se podían tocar las campanas y, por eso, se guardaban en la iglesia varias carraclas, macetas y matracas, para que la chiquillería hiciera ruido con ellas por las calles, para llamar a los oficios. Por aquellos días se hacía el monumento, que consistía en adornar un altar lateral de la iglesia. Se arreglaba mucho y en él se hacían todas las ceremonias.

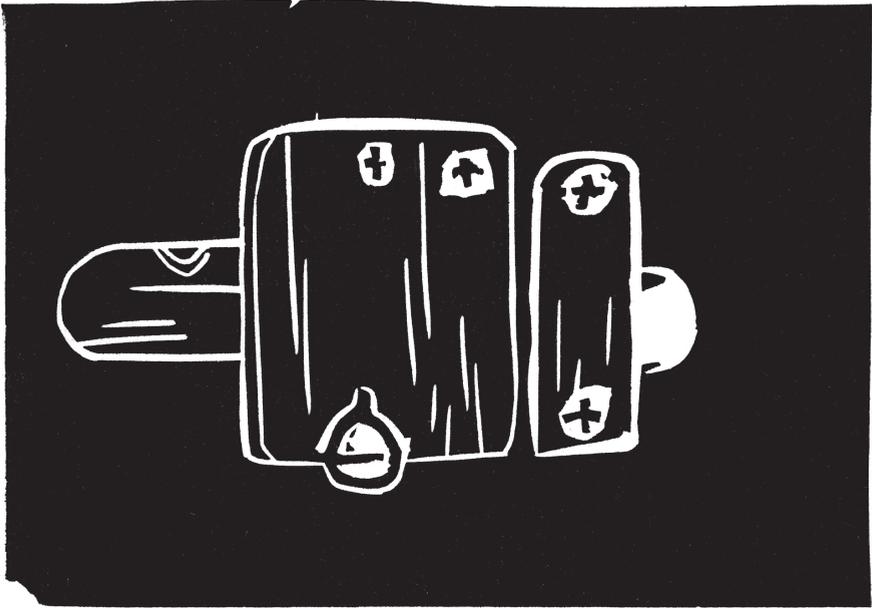
La Santa Cruz, del mes de mayo, era otra fiesta importante. Aquel día íbamos a buscar varicas de sanguino por los bordes de los caminos. Las cortábamos de tres palmos, las bendecía el cura y las clavábamos en los campos. Esto se hacía, de antiguo, porque libraba de todo mal.

Pero la cosa no acababa aquí. Cuando llegábamos segando a la varica, parábamos y venían todos los segadores del campo, nos poníamos en círculo alrededor de la varica, echábamos un trago con la bota y rezábamos un padrenuestro sin sacarnos la zoqueta de la mano.

Para San Juan, en Botaya no se hacía nada especial, pero recuerdo de haber ido a Jaca y ver, en el Portal de los Baños, a todos los gitanos de juerga porque para ellos era una noche muy especial.

Como ya he dicho, la fiesta mayor era para San Bartolomé, el 24 de agosto, acabada la cosecha.

Pero esto no fue siempre así. Antes la fiesta era para San Esteban, que es el patrón del pueblo, al otro día después de Navidad, el 26 de diciembre. Decidieron pasarla para San Bartolomé porque un año cayó una nevada tan grande que no se pudieron ir los invitados en muchos días.



Cerradura de madera (Botaya)

De crío, me acuerdo que venía un músico de Embún que era también colchonero. Lo contrataban por medio de un sastre nacido en Botaya que se había instalado en aquel pueblo. También vino a tocar un tejedor de Santa Cruz de la Serós. Este, además, tocaba en San Juan de la Peña para la romería de San Indalecio y llevaba unas cuantas bebidas para hacer a modo de bar.

En las fiestas, además del baile, se hacían carreras, tanto para los mayores como para los pequeños. Para los mayores se clavaba en la meta una palanca muy grande y se colgaban en lo alto los dos pollos que se entregaban al ganador.

La fiesta pequeña del pueblo era para San Adrián, el 16 de junio. Era así porque la ermita de San Adrián, que está al sur, a tres cuartos de hora del pueblo, era algo muy grande para nosotros.

En algún tiempo debieron traer su imagen y ahora está en la iglesia.

El día de la romería no faltaba nadie a la misa en la ermita y, cada año, se ocupaban dos casas de hacer la caridad. Es decir, que iban a moler trigo y hacían tortas que el cura bendecía para repartirlas tras la misa. Primero se invitaba a los forasteros y, luego, al resto del pueblo. En comer alrededor de la ermita, se volvía al pueblo y se hacía una procesión llevando al santo en una peana.

Ya que hemos hablado de San Adrián, contaré una que pasó y que ha sido muy comentada. Se conoce que había unos peones de Borau contratados para segar en Botaya. Andaban segando cerca de la ermita de San Adrián y, al ver el edificio aislado, preguntaron que qué era aquel edificio, a lo que contestó uno de Botaya, que la ermita de San Adrián.

El caso es que como en Borau también hay un santuario dedicado al santo, pero más grande, el de este pueblo espetó:

—Coño, será o repatan d'o mairal nuestro.

Quería decir que aquel San Adrián, de aquella ermita pequeña, no podía ser otra cosa que el sirviente del San Adrián de Borau.

El caso es que cuentan que aquel hombre cayó en desgracia a partir de aquel día, que cogió unas tercianas y que no se curó hasta que no vino, de propio, a pedir perdón a San Adrián de Botaya.



Cerradura de madera y decorada (Botaya)

También se dice que en el año 1918 hubo una gripe muy mala y que en muchos pueblo murió bastante personal. Por ejemplo, en Atarés. Pero también se dice que en Botaya no pasó nada porque medió San Adrián, que se conoce también atendía a las enfermedades.

De las romerías, estaba la de San Indalecio, en el monte de San Juan de la Peña que nosotros solo llamamos de San Juan.

Para la romerías y cuando escaseaba el agua, venían hasta 238 cruces de esta montaña y hasta más debajo de Agüero.

Como he dicho, también íbamos a San Adrián.

Además, se iba a la Virgen del Camino. Íbamos los de Ena y Botaya. Esta ermita está al sur de Ena, junto al caminico que bajaba a la Peña.

A veces, también iban a esta ermita a pedir agua y los viejos rogaban que, cuando lloviese, que el agua viniese de la parte de Santa Orosia, porque era más buena.

También había un dicho que decía: “El agua de Santa Elena, la balsa llena”. Yo creo que era lo mismo.

También debió haber romería a Santa Teresa, pero yo esa ermita siempre la he visto despaldada. Está arriba, en la ralla de San Juan, junto al precipicio, y había un agujero que decían que era de un cañonazo de la guerra de los franceses.

Arriba, en la punta de la ralla, estaba San Salvador, donde los de Santa Cruz tenían siempre encendida una vela. En que se apagaba una, ponían otra. No se la dejaban apagar porque se decía que esto les protegía. Y será verdad.

Luego estaba la Virgen de la Peña, al otro lado del monte Cuculo. Nosotros no íbamos, lo hacían los de Santa Cilia, Binacua, Somanés...; esos pueblos de la redolada.

Como se ve, alrededor de Botaya había muchos conventos y ermitas. Por algo sería.



XI. LABRAR Y CUIDAR

El monte de Botaya está cara a sol de mediodía. Hay algunos paquizos pero, en general, está muy bien orientado.

El agua baja del monte de San Juan. En el monte predominan los cagicos y hay uno que es muy grande. Lo llamaban el Cagico de los Mozos, porque había que estar muy templado para subir a destejarlo, para poderlo.

También había mucha carrasca, y las bellotas –que se decía lecina– también se recogía para dársela de comida a los cerdos. Entonces se aprovechaba todo.

No era mal monte, y el clima acompañaba bastante. Y si no, ya se encargaban de salir a esconjurar las tormentas desde las ventanas para que se dieran media vuelta hacia otro sitio. Algunos abuelos lo hacían con rezos especiales que ellos se sabían. Así iban las cosas entonces.

Vamos con la agricultura.

En Botaya se cultivaba la mitad de terreno cada año. Media parte se cultivaba y la otra media se dejaba descansar en barbecho.

Me acuerdo que sobre los años cuarenta estaba yo labrando en Zamarrones y pasaba un avión por lo alto que solo hacía que subir y bajar. Luego me enteré por un ingeniero que el avión hacía fotos para poder levantar mapas y deslindar bien las fincas. Se conoce que subía hasta la frontera con Francia y volvía a bajar.

Aquel ingeniero era del catastro y me enseñó las fotos. Las vimos en detalle y nos dimos cuenta que, entre pasada y pasada del avión, los de Ena se habían llevado el trigo de unos campos. Yo digo si pensarían que volvía la guerra...

En Botaya, por el mes de abril se comenzaba a mover la tierra de los campos. Primero se hacía con arados romanos, luego se pasó a las vertederas, luego a los rusales. Si te das una vuelta por el pueblo, aún los podrás ver medio olvidados en algún yerbero.

La tierra se removía en una dirección y luego en otra, para que quedara bien movida.

La siembra se realizaba para los días de la feria de Jaca, que era el 12 de octubre y siempre solía hacer buen tiempo.

Se sembraba un rinconcico de ordio o centeno para hacer vencejos que servían para atar los fajos de cereal en la cosecha. Era un ordio de cabeza gorda, con seis líneas de grano.

El trigo se sembraba por todo. Se procuraba cambiar de trigo a menudo porque iba bien hacerlo. Un año vino uno de Binacua a buscar trigo para la siembra y, a cambio, nos dejó uno que era de cabeza roja y que se desgranaba muy bien. Aquel trigo probó muy bien. También dio buen resultado la manitoba, que se sembraba tarde y era muy bueno para el pan.

En Botaya había buenos huertos. Se criaban judías, patatas, remolachas, guijas, garbanzos y nabos. Por cierto que había un refrán que decía: “El que come nabo crudo igual le huele la boca que el culo” –lo decían porque echaban mal olor, pero no era para tanto–. Eran muy buenos.

Se me olvidaba hablar de los boliches. De eso puedo decir que había un huerto entre Botaya y San Juan, en medio del monte público, que lo llamábamos el huerto del Cantero, porque debió hacerlo algún cantero de los que trabajaban para los monjes. Era pequeño y lo regábamos con el agua de la fuente del Barolico, un agua muy fina que hacía que los boliches de aquel huerto fueran muy nombrados.

También se cultivaba lino y cáñamo, porque antiguamente todas las prendas se hacían con estas fibras vegetales y con la lana de las ovejas.

Nosotros solo sembrábamos cáñamo cerca de las balsas donde se dejaba a remojo antes de cascarlo.

Con estas fibras se hacían sábanas, linzuelos y cubiertas para las caballerías.

Una vez en ovillos o madejas se llevaba a tejer. Había un tejedor en Santa Cruz, un tal Indalecio, que también era músico. Otro había en Ena. Era pequeño y recuerdo que un día vino a casa y los críos le decían desde abajo:



Adán labrando (claustro románico de San Juan)

–Teje, teje, tejedor, garras de traidor, rompe canillas y mal pagador.

A él aquello le sabía muy malo.

En un tiempo, en Botaya, hubo viñas. Yo aún he conocido cepas sueltas de las que había. Encima del pueblo, por ejemplo, había una. Los de Casa Flaire tenían un campo que se llamaba La Viña y también los de Casa Bandrés se dejaron un corrico.

Recuerdo que el día del Domingo del Rosario, el día de la Cofadría –que se decía–, cuando los vecinos estaban comiendo en el ayuntamiento, los críos aprovechábamos para dar buena cuenta de las uvas.

Todo esto debió ser por aquello de la plaga de la filoxera. El caso es que yo aún he oído un dicho que decía: “Maldito sea el gusano que trajo la filoxera, desde que no bebo vino, la mujer se me apodera”.

A partir de entonces se bajaba con caballerías a Santa Eulalia de Gallego para comprar vino.

También había alguna manzana. Pocas. Unas eran del país y se llamaban camuesas. Sí, eran algo dulces... También había montesinas por medio del solano, pero eran algo ácidas; baladre, que se decía.

Uno de Casa Guallar se dedicaba a injertar nísperos –niéspolas escañaderas– en artos. Y el caso es que aquello funcionaba, que se hacían muchos frutos.

Nogales es lo que más había.

También había almendros porque mi padre los plantó en las fajetas de mediodía, en las Fajetas del Cantero. Yo creo que aún quedan.

Olivos solo había dos, uno en un huerto de Casa Fañanás y otro que plantó el cura el Domingo de Ramos en el cementerio viejo que estaba en medio del pueblo. Por lo visto, el camposanto estuvo allí hasta que llegó una peste y hubo que sacarlo al lado de la ermita de San Miguel.

A las setas no les hacíamos mucho caso, pero cogíamos robellones, unas que se llamaban negricas, que eran muy buenas en fritada, y otras que se llamaban manetas, que eran como un ramo y se criaban en los terrericos.

Bosque no había mucho, lo que más, cagico.

Un año hicieron un estudio los ingenieros y llegaron a la conclusión que en el monte de Botaya se criaba cada año 28 metros cúbicos de madera y que eso era lo que debía salir a subasta.



Recuerdo que calculaban la edad de algunos pinos. Eso lo sabían por los cortes, porque tenían círculos uno dentro de otro. Los oscuros quería decir que eran del invierno y los claros, del verano, que es cuando crece el árbol. Así calculaban los años que tenían los pinos.

Los cagicos no los dejábamos crecer, siempre que se podía los estábamos podando. La leña la bajábamos a vender a Anzánigo. También se hacía carbón vegetal con los cagicos. Se colocaba la leña bien apilada, se cubría de tierra y, luego, se le metía fuego. A estos montones se les llamaba caveras.

Yo he conocido muchas caveras en Botayuala, que alrededor hay un chaparral grande. La última vez que hicieron carbón lo subieron en caballerías por L'Achar de Botartal hasta San Juan y, allí, ya lo cargaron en camiones.

También recuerdo que los de Casa Ainés tenían un trozo de monte con un chaparral y allí, en un casetonico, vivía un matrimonio que hacía carbón. Vivían con un hijo pequeño. Lo recuerdo porque una vez vinieron al pueblo a comprar un carnero para hacer cecina. Aquella gente llevaba una vida muy mala.

De arbolado solo puedo decir que cuando la República llegó la carretera a San Juan y por las cunetas se pusieron a plantar un rabaño de árboles que no sé de qué clase eran. También recuerdo que el albañil de Santa Cruz se quejaba mucho porque le gustaba la sidra a rabiar y él hubiera preferido que plantaran manzanos...

De la pesca, poca cosa puedo decir. Mala tierra para la pesca.

En el barranco que baja hacia Ena había barbos, pero no pasaban del pozo Zamarrones, porque había un salto. Los cogíamos a uñeta, pero no faltó quien lo hacía con pequeñas explosiones de dinamita.

Ahora vamos a hablar de la ganadería. Comenzaremos por el ganado más pequeño, que es el de las abejas.

Abejas tenían los de Casa Flaire, los de Mainer, los de Casa Vera...; en fin, alguna casa más que ahora no recuerdo.

Nosotros también teníamos un colmenar en un pajar pequeño. Un día bajé con mi madre y una mujer de Casa Flaire que entendía de abejetas, yo me quedé arriba por si acaso y resulta que me emprendieron a agujonazos.



Pasaje a través de Casa Juan Lorén (Botaya)



Las colmenas eran un cesto alargado hecho con caña y verga, y rebozado con buro por fuera. También se llamaban arnas y se ponían en un casetonico abierto por una fachada, que se llamaba arnal.

Si hablo de las abejas de mi pueblo es porque hacían una miel muy buena. Era por lo que comían, todo a base de camamila, espliego y tomillo.

Hoy aún se puede ver un abejar a la entrada del pueblo, junto a la carretera, es el de Casa Carpintero. Está medio espaldado.

Del ganado puedo decir que nosotros no bajábamos a Tierra Baja. Teníamos el número de cabezas que permitía el terreno. Entre todas las casas serían unas mil ovejas.

En la sanmigalada con esta cabaña se hacían dos rebaños, por un lado iban las que subían a puerto y, por otro, las que se quedaban por la pardina de Botayuala.

Los que subíamos con el ganado en verano a puerto, lo solíamos hacer a los montes de Hecho, Aísa, Canfranc o Acumuer.

Se subía para comienzo de julio y se regresaba a Botaya para los días de San Miguel. Así era por lo general aunque una vez el oso solo hacía que atacar en Candanchú y se tuvieron que bajar antes. Aquello debió ser por el año 1920. Eso creo yo.

En que llegaba al pueblo el ganado se quedaba por los rastrojos hasta que desde finales de noviembre a la Purísima empezaban a parir. Así era la marcha entonces.

Sin embargo, en Botaya, de lo que realmente se podía hablar era del ganado que pasaba por la cabañera, del ganado trashumante que bajaba, sobre todo, de Ansó.

Yo me acuerdo mucho de ver pasar a Jorge Puyó. Era un hombre bien plantado que vestía de arriba abajo con el traje ansotano. Era ganadero pero le gustaban mucho los libros y escribía muy bien. Yo he leído escritos suyos en el *Heraldo* y *El Pirineo Aragonés*. Según cuentan, siempre llevaba libros en la mochila cuando iba de pastor.

Y así nos pasaron los años a todos, entre labrar, cuidar rebaños y lo que, además, nos tocó.



XII. LA MEMORIA HISTÓRICA

De los moros se dice que tuvieron batalla en Jaca.

Los franceses, se conoce que prendieron el convento de San Juan.

Los carlistas no entraron por allí, pero se ve que en Ayerbe tuvieron serios combates.

De lo que yo sé, Alfonso XIII estuvo una vez en San Juan. Subió por el Escalar de Santa Cruz de la Serós, montado en una caballería, porque la pista no estaba hecha.

Muchos años después, cuando estuvo el rey Juan Carlos I, le enseñaron por dónde había subido su abuelo.

También oí decir que cuando vino Alfonso XIII, a esta parte de aquí, de Botaya, se había congregado mucha gente que gritaba “viva el rey”. Pero se conoce que salió uno, que no sé de dónde era, y gritó:

–¡Y vivamos todos!

Me acuerdo de habérselo oído decir al abuelo y a la abuela.

También estuvo Franco una primavera. Hacía un día muy frío, con mucho aire. Lo bajaron al convento de abajo bajo palio y se conoce que preguntó que a qué pueblo pertenecía aquel terreno. Le dijeron que a Botaya y él ordenó que el alcalde debía ponerse a su lado.

Antes, de la República... ¡Oh, la República! Cuando lo del movimiento de Galán y García, que se sublevaron en Jaca, yo estaba en Calatayud, en el servicio militar, y no habíamos jurado bandera aún.

El día de la patrona de Artillería, que es Santa Bárbara, lo pasamos muy bien. Hubo hasta carrera de bicis para coger anillas y cintas con la mano. Pero al poco, un día, bajamos al piso de debajo de las baterías y vimos que había una reunión de jefes. Aquello, como no era normal, nos dio mala espina.

Al rato ya se corrió la voz de que se había producido una sublevación militar en Jaca.

Echaron a sorteo las tres baterías y le tocó subir hacia Huesca a la mía. Aquel día –no se me olvidará jamás– vi llorar al mejor cabo que teníamos. Era más majo que las pesetas y sus padres lo habían puesto voluntario para que no saliese de casa, porque sus otros dos hermanos habían muerto en la guerra de África. Aquello hacía llorar a los demás. Fue muy triste. Recuerdo que vino un sargento, le puso la mano en el hombro y le dijo:

–Tranquilo, muchacho, no llores, que no todos los que van a la guerra mueren.

Cuando llegamos a Zaragoza ya no hubo que seguir más porque, al parecer, ya habían apagado la sublevación. Fuimos a parar al cuartel de Palafox, juramos allí bandera y nos dimos la vuelta hacia Calatayud.

Al final, en el 31, fue proclamada la República y yo seguía cumpliendo el servicio militar.

El alcalde que hubo esos años en Botaya era republicano. Era un hombre que iba y venía mucho a Francia a trabajar. Se llamaba Santiago y su mujer Josefa. Tenían una sola hija. Eran humildes. Él había nacido en Casa Aínés y luego pasaron a vivir en Casa Samitier. Solo tenían unas tierras. Poca cosa.

Cuando estalló la guerra vinieron los carabineros de Jaca y se llevaron a tres o cuatro hombres. Uno de ellos era Cosme, el hermano del alcalde republicano.

Santiago tardó en volver de Francia, pero al final regresó. Su hija aún viene alguna vez a Botaya.

Cuando la República había una maestra que era de Tardienta y, al parecer, solicitó una biblioteca que le fue concedida. Esta maestra siguió después de la guerra, pero un día le llegó la orden de que debía quemar ciertos libros. A ella le entró tanto miedo que debió quemar casi todos. Una pena, porque había libros muy buenos.

En la República también hubo un maestro que se llamaba don Ernesto. Era de Alagón y, según tengo entendido, era de ideas avanzadas. Escribía en periódicos y, por fin, no le pasó nada, porque yo oí decir que después de la guerra daba clases por esa zona de Barbastro.



El milagro del vino (claustro románico de San Juan)

Luego vinieron los maquis.

Un día estábamos sembrando a una hora del pueblo y, al regreso por la tarde, las mujeres nos dijeron que habían escuchado por el pueblo que por Aragüés del Puerto estaba cruzando mucha gente. Entonces, yo que ya estaba muy fogueado, les dije:

—Ah, pues si pasan por Aragüés, mañana ya los tenemos aquí.

Ah, y que no falló.

En casa se quedaron dos y estuvieron comiendo con el maestro mano a mano, hablando de sus cosas, en una mesica que se pliega en la cadiera.

Comían con el fusil entre las piernas y cuando llamaron otros en la puerta, lo primero que hicieron es echar mano al armamento.

Al otro día llegó uno al patio que echaba mucha olor de carne asada. Este fue quien dio la orden al alcalde de que guardase dos ovejas para el otro día.

Pero al día siguiente ya llegaron tropas y se enfrentaron en las rallas de San Juan con los maquis. Allá arriba, hay un lugar que se llama Bitatiello, que es un paso muy malo y que hay una cueva. Fue allí donde los maquis cogieron prisioneros a dos soldados y los cargaron llenos de propaganda.

Estos luego bajaron al pueblo, vino un policía secreta y se llevó la propaganda a Huesca. Según tengo entendido, fue la primera propaganda de los maquis que se localizó.

Otra vez, en otoño, llegaron los maquis a la pardina de Cerzún y les pidieron una oveja. Un pastor que servía allí y era de Aragüés del Puerto, bajó al corral y se la echó al hombro, justo cuando venían las tropas. Los soldados creyeron que era un maqui, le dispararon y lo mataron.

A causa de todo aquello, en Anzánigo hubo tropa mucho tiempo.

Luego, allá que allá, se veía algún maqui solo, que se volvía por estos montes hacia Francia. Fue al final.

Aquellos tiempos fueron también los del estraperlo. Subía uno de Ayerbe a traer cosas que no se conseguían y a llevarse otras. Una vez vino un camión de Lérida a llevarse trigo a cambio de aceite.



Molíamos a escondidas, porque no se podía moler lo que quería uno. Cuando se segaba, decían a cada uno lo que podía consumir. Lo demás había que entregarlo en el silo de Jaca. Cuando escaseaba el trigo aún pedían más.

En fin, para qué vamos a hablar... Las historias que hay que contar...



Rincón de Botaya



XIII. SOLDADO Y PRISIONERO

A pesar de los noventa y un años que tengo, me acuerdo como si hubiera sido ayer, y eso me pasa porque en las noches en que no puedo coger el sueño me pongo a recordar y así no se me olvida aquello.

Como el servicio militar lo había hecho en Madrid, en Artillería, y Madrid estaba cogido por los rojos, y Botaya por los nacionales, tuve que incorporarme a la guerra en una unidad de Calatayud que dependía del cuartel de Palafox de Zaragoza.

Luego, como sobraba mucha gente en Artillería, a unos cuantos nos trajeron de nuevo a Zaragoza para formar en el cuartel de Hernán Cortés un batallón nuevo, el Batallón número 52 de reserva.

A los que habíamos estado en Artillería nos pusieron en ametralladores y morteros y, a otros que habían servido en Infantería, en fusileros.

Al poco tiempo nos subieron a Sabiñánigo y nos alojaron entre el garaje de la Tensina y las escuelas viejas.

Voy a hablar poco de lo que me pasó por esta montaña porque es mejor que lo cuente luego, todo junto.

Estando en Sabiñánigo bajábamos muchas noches por la carretera que baja hasta el llano de Sardas, donde había un tunelico. Lo pasábamos un poco más y ya nos dábamos la vuelta. Alguna noche bajábamos por la vía del tren, en descubierta. Otros días íbamos por la carretera de Yebra, pero sin llegar al pueblo.

Recuerdo que pasado el río Gallego, en la punta de unos terrericos que había frente a Latas, había una posición nuestra. A aquel lugar también me tocó ir más de un día.

Estando allí, en junio del 37 me tocó subir al puerto de Santa Orosia, que está encima de Sabiñánigo. Pero de eso, como hemos acordado, hablaré en el siguiente capítulo.

Al poco tiempo nos bajaron a Ayerbe. Era cuando lo de Belchite.

No sé qué días estuvimos por allí, pero pronto marchamos hacia Zuera por Huesca, a cortar un avance de los rojos.

Marchábamos por Almodévar paralelos al canal, una batería del capitán Pajares, que era famosa, el batallón de Ceriñola y nosotros.

Por Gurrea hubo una confusión y los moros nos empezaron a tirar desde una fábrica. Por fin vino un blindado con oficiales y se aclaró la confusión.

Nos formaron de nuevo en la carretera y recuerdo que, al pasar por la estación de Zuera, había moros y nos decían:

–¡Suerte, paisa, suerte!

Querían decirnos que habíamos tenido mucha suerte.

Luego nos llevaron a Zuera y nos distribuyeron por las casas.

A la otra noche ya se oyó tiros en la estación y, al momento, los sargentos gritaban:

–¡Abajo, abajo!

Nos bajaron por el pueblo hacia una rinconada de huerta que había con una casetita y allí me acuerdo que estuve yo, sacando el fusil por una ventanica que daba a la carretera. Y allá que allá, que vemos que vienen hacia nosotros con bayoneta calada. Avanzaban, se tiraban al suelo y seguían.

Mientras, los moros bajaban por la carretera y nos dijeron que alto el fuego, que si no daríamos a los moros.

Cuando los rojos vieron que no había manera de entrar en Zuera, comenzaron a retirarse. Los que teníamos frente a nosotros lo hacían por medio de un maizal para que no les diésemos.

Había uno que, en lugar de retirarse, se dio la vuelta solo y se colocó detrás de un arto. Nos enfiló con el fusil y abrió fuego. De repente noté que alguien tiraba del correaje y me echaba largo para atrás. Aquel disparo me había levantado el gorro y se había clavado en un tabique. Al parecer disparamos al mismo tiempo que él y lo herimos en las piernas. Oíamos sus lamentos. Cuando bajaban los moros lo oyeron, él se puso de rodillas, con los brazos en alto, pero no le sirvió de nada.



Uno se echó el fusil a la cara y le disparó. Allí se conoce que se quedó aquel pobre hombre.

Las guerras son así de crueles.

De allí, cuando lo del ataque rojo de septiembre del 37 para cruzar el río Gallego, nos subieron a Sabiñánigo. De eso ya hemos quedado que hablaré luego.

Después de hacerme prisionero los rojos, en la cara norte del monte de Santa Orosia, en la aldea de Casbas, me llevaron por Biescas y Cotefablo a declarar a Boltaña. Luego me llevaron prisionero al seminario de Barbastro y de allí comenzó la vuelta por media España.

De Barbastro nos llevaron a un castillo que había en Lérida. Estábamos con prisioneros de los mismos rojos, de cuando ellos empezaron a poner disciplina, porque antes se les marchaban del frente los propios soldados cuando les venía en gana. Sería el mes de octubre de 1937.

Andábamos mezclados y no nos llevábamos mal. Allí estábamos, revueltos, en un costerizo, tomando el sol y quitándonos los piojos los unos a los otros.

A veces, aquella guerra hacía reír.

Un día los prisioneros rojos nos hacían ver que en su lado no se fusilaba y que, en cambio, en el nacional, no se paraba de matar.

Una mañana, un hombre que llevaba un pañuelo estampado con bolos, atado en el cuello, se levantó y dijo que tan honrados unos como otros. Luego me enteré que aquel hombre era de Málaga y anarquista.

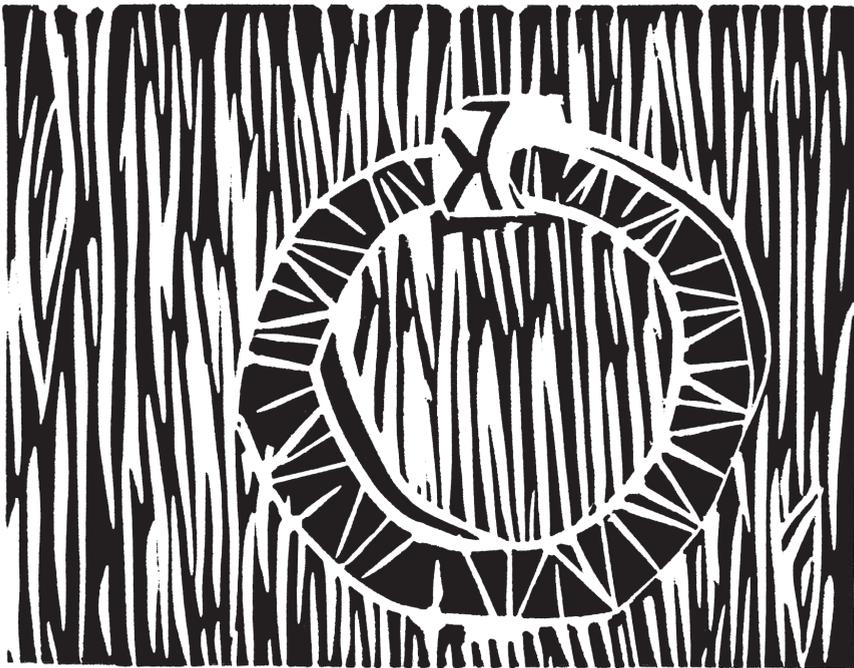
Después nos llevaron a Tarragona en un tren de vía estrecha. En una parada vimos una higuera y como andábamos muertos de hambre uno de Artieda se subió a coger higos y de milagro no se mató.

De allí fuimos a Valencia, al monasterio del Puig, en el pie de una sierra en el que hay un pueblecico y un monasterio muy majo.

Nos fueron llevando, en varios viajes, con camiones.

El monasterio tenía delante una plaza cuadrada con porches.

Nada más llegar los prisioneros viejos no paraban de hacernos preguntas. Había un olor terrible y, para el caso, no había guardianes.



Llamador de Botaya



De casualidad, me junté con uno de Centenero que se llamaba Miguel Malo.

El trato que recibíamos no era bueno. Entraban por la noche con una linternica y se decía que a algunos los tiraban por una ralla para abajo, tan grande como la de San Juan.

Estuvimos allí un tiempo y, a continuación, nos mandaron en tren a Extremadura. Decían que era para que trabajásemos a lomo caliente.

Yo me reía porque desde que nací no había hecho otra cosa.

No recuerdo el mes que era, pero empezamos un largo viaje.

Lo que me viene a la memoria es que al pasar por Albacete subió un individuo a vendernos navajas. Después cruzamos esos llanos hacia Ciudad Real y Almadén. Pasamos por Cabeza de Buey y luego por Campanario. No sé con qué fin, pero en esta localidad estuvimos una temporada. Yo creo que no sabían qué hacer con nosotros tal como iba la guerra.

Un tiempo después nos llevaron al pueblo de La Haba. Se llamaba así –decían– porque allí se criaban muchas habas.

En Campanario cogí un sarnazo terrible. Dormíamos repartidos por las casas y nos dedicábamos a hacer pistas por el monte. También me llamaba la atención que la gente del país no dejaba parar los lagartos pues, a la mínima, los cazaban, les pasaban un hierro por el cuello y los llevaban ensartados a casa para comérselos. Probé aquello y no era malo. El hambre hace milagros.

De La Haba fuimos al cortijo Las Marchas. Allí vi cómo trillaban con quince caballerías. Aquello me impresionó porque en Botaya lo hacíamos con una y en eras muy pequeñas.

Cuando estábamos allí fue cuando los nacionales avanzaron e hicieron una bolsa en aquella zona. Esta fue la causa de que nos volvieran a sacar. A mí no me hizo gracia porque había cogido el paludismo y apenas me podía tener de pie.

Me acuerdo que dormíamos en una serena –en el corralico de un establo– y había uno de Longás que se llamaba Basilio Mayayo. Era un tío echado para adelante que siempre andaba con uno de León. Los dos tenían estudios y se llevaban muy bien. Hacía días que andaban juntos y yo ya me di cuenta que estaban preparando algo.

Y así fue. No me equivoqué. Cuando nos llevaban en fila, al salir del cortijo, había un lomico con árboles y ellos aprovecharon para salirse de la fila. Por lo visto anduvieron por el monte cinco o seis días, de aquí para allá, medio escondidos, esperando que llegaran los nacionales.

Aquella huida puso las cosas mal. No se oía ni una mosca en la fila y nos dijeron que, si alguien se volvía a escapar, dispararían sobre todos nosotros a bocajarro. Nadie abrió la boca.

La primera fila llegó a Castuera, pero como los nacionales nos pisaban los talones, cogimos otra dirección y nos volvieron a decir que al que se desviara le pegarían cuatro tiros.

Así llegamos a Santa Eufemia, que está en Córdoba. No nos dejaron parar y nos llevaron a Los Yébenes en tren. Íbamos en vagones encerrados, sin comer ni beber, y los guardias nos trataban mal.

En medio del vagón levantamos unas tablas, hicimos un agujero, y por allí hacíamos las necesidades.

Por fin, desmontamos en Los Yébenes y descansamos, sin comer, un día. Luego marchamos hacia Cortijo de Sotillo, que está en la provincia de Toledo, cerca de Ventas de Peñas Aguilera.

Cortijo de Sotillo era la finca de un señor muy rico. Dormimos dentro y por unas ventanas inmensas veíamos una vacada que se perdía de vista.

En Ventas de Peña Aguilera había una fuente con agua muy fresca y un monte alto. Arriba del todo había una ermita y nos hicieron subir, yo creo que para pasar el tiempo. Cuando llegamos, todos los tubos del órgano habían llevado mala vida y estaban por el suelo.

En el pueblo había un edificio muy bien hecho con una placa que decía: “Al pueblo de Ventas, los condes de Casal”. Por lo visto, los condes habían regalado aquel edificio hacía un tiempo para que sirviera de escuela.

Nos llevaban dando vueltas, yo creo que sin rumbo, y echamos a andar por una val hacia el norte. Por fin llegamos a la iglesia de Mozarambroz, donde me acuerdo que había firmas en las columnas, pertenecientes a otros prisioneros conocidos que iban delante de nosotros.



De allí nos llevaron en tren a Almadén. Pasamos una noche en la plaza sin dejar de llover. Por fin, como pudimos, nos refugiamos en una casa. El rancho que nos daban, para el caso, no era nada.

De nuevo subimos a un tren y nos encaminamos hacia Valdemanco, en la provincia de Córdoba. Era un pueblo situado en una val pequeña, con un monte lleno de alcornocues.

Cuando llegamos, es cuando se empezó a correr que la guerra había terminado. Aquello nos impacientó y, por fin, conseguimos un periódico en el que un militar rojo decía a los nacionales: “Y vuestro general, que no es nada y es el todo, sabrá llevaros por el camino de la tranquilidad, sin daños irreparables”. O sea, que para mí, era cuando trataban de acabar la guerra por medio de un acuerdo.

Pero nos cogieron de nuevo y nosotros pensamos que nos iban a entregar a los nacionales. Se paró el tren y nos dejaron en el monte, para el caso, solos. Se marcharon sobre todo los guardias que se habían portado mal con nosotros, que nos habían amenazado o pegado.

Ahora que digo esto, recuerdo que al pasar por Ciudad Real había unas uvas blancas que se nos llevaban la vista. Los guardianes cogían y comían, pero cuando nosotros nos tirábamos a por un racimo nos molían a palos.

Otra vez, íbamos por una carretera y cogíamos todas las algarrobas que podíamos, pero un guardián que era de Marracos y otro viejo de Málaga, que había estado en Francia, se dieron cuenta y se hartaron de darnos vergazos.

De nuevo, nos hicieron volver al término de Valdemanco y nos resguardamos en un monte alto, porque se corría la voz de que el Campesino andaba cerca y había amenazado que vendría a matarnos.

Por fin, al otro día llegaron los nacionales y nos llevaron en camiones a un pueblo que no recuerdo pero que había una intendencia muy abastecida.

Allí nos dejaron anchos como un rebaño. Tenían de todo pero a los cocineros no les habían dado la orden de darnos comida.

Al fin los soldados de intendencia nos dijeron que nos acercáramos cuando no estuvieran los jefes, que nos darían algo.

Luego bajamos a la estación y nos pasó una cosa muy curiosa. Pasó un tren militar y convencimos a la escolta para que nos dejaran subir. Al final les convencimos, pero en Lora del Río nos entregaron a la pareja de la Guardia Civil y estos nos llevaron al Auxilio Social.

Los guardias nos decían que desde allí ya se veía la Giralda. Yo no sé si será verdad o nos querían gastar una broma.

Allí, en Lora del Río, unas chicas nos hicieron un atestado y mandaron un telegrama a nuestras casas. Aquella fue la primera señal de vida que di en muchos meses.

Recuerdo también que aquella noche dieron el último parte de guerra y que lo escuchamos con aquellas chicas. Me acuerdo que al finalizarlo, Queipo de Llano dijo:

–Y ahora, ¿qué haremos sin guerra?

Como en el Auxilio Social nos trataban muy bien, por lo menos aguantamos un mes hasta que, por fin, nos llevaron al campo de concentración de la Rinconada donde había muchos catalanes que se habían marchado a Francia y habían regresado a España por Irún.

Cuando llegamos nosotros, a ellos los sacaron.

El campo estaba en una antigua fábrica de azúcar. Dormíamos en camastros de tres pisos y se oía una bulla que no había quien parara.

Un buen día andábamos paseando por el patio y un amigo de Paternoy llevaba puesto un gorro de Falange. De casualidad pasó junto a nosotros el jefe del campo con una señora y esta preguntó al del gorro que quiénes éramos. Les contamos nuestra vida y al instante aquel jefe dio la orden que nos instalaran en tiendas de campaña fuera del campo.

Lo comunicaron al cuartel de Zaragoza y al momento llegó orden de que la Guardia Civil nos condujera hasta esta ciudad.

Cuando llegó la pareja, nos dieron un par de huevos fritos en la cocina y marchamos en tren hacia Madrid.

Allí nos llevaron a la comisaría y se produjo el relevo de la pareja de la Guardia Civil. Unos soldados que estaban allí nos dijeron:

–¡Pa ratos estáis aquí!



Adán y la expulsión del Paraíso (claustro románico de San Juan)

Pero llegó otra pareja, que uno de los guardias estaba casado con una de Jaca. Fueron muy amables y en una estación de Soria nos invitaron a comer con ellos un bocadillo.

Al llegar a Zaragoza, primero dejaron a Miguel Aso, que era de Cillas, en el cuartel de la Aljafería. Al resto nos llevaron a San Gregorio, a Carros de Combate.

Nada más llegar fuimos a la cocina y nos hartamos de comer sardina.

Recuerdo que un cocinero llevaba un gorro que decía: "U.H.P" –Uníos Hermanos Proletarios–. La verdad es que en la guerra me di cuenta que los cocineros hacen lo que les viene en gana y que mandan más que un general.

Luego me dieron unos días de permiso y subí con Miguel Malo, de Centenero, en tren hasta Anzánigo.

Cuando llegué al pueblo abracé a mi familia y me vino mucha gente a ver. Todos quería saber cosas de la guerra.

La mili la terminé el día 24 de agosto de 1941, justo el día de San Bartolomé, que era la fiesta mayor de Botaya. Me bajé del tren y subí andando al pueblo de una sentada. Bebía en todas las fuentes que encontraba y todas me sabían a gloria.

Así que desde que me fui de quinto en 1930 al servicio militar –con el paréntesis de la licencia hasta que estalló la guerra– había llovido mucho. Luego, lo cuentas a la gente de ahora y no se lo creen...

Diremos algo más fino que lo que dijo Queipo:

–¿Y qué haremos ahora, sin llevar el fusil en la mano?



XIV. LA GUERRA DE ESTAS MONTAÑAS

Era en el mes de junio del 37. Los de ametralladoras y morteros estábamos en Sabiñánigo y nos quedábamos en el garaje de autobuses de la Tensina. El resto en las escuelas viejas.

Una noche nos dijeron que había que salir a tomar el puerto de Santa Orosia. Salimos carretera adelante y nos advertían que no hiciéramos ruido con los platos, con las cantimploras; con nada. Que tampoco encendiéramos cigarros.

Así llegamos a Senegüé y pasamos la noche en un callizo, en una calle estrecha.

Al llegar el día cruzamos el río Gallego por el puente Las Pilas. Allí los de una ametralladora marcharon a reforzar el castillo del Moro, que estaba encima Lárrede y lo acababan de tomar los nuestros. El resto subimos a una posición que había encima del río, en un rallizo. Los rojos la habían abandonado y habían dejado, envueltos en mantas, numerosos cadáveres. También había muchas prendas porque los rojos comían muy mal pero llevaban buena ropa.

Recuerdo que de aquel día los muleros sacaron el siguiente romance:

El 29 de junio no se me irá de la memoria,
que el puerto de Santa Orosia
lo tomó Ametralladoras.

Cuando pasamos el puente
y las balas nos silbaban,
nuestros bravos conductores iban
con las máquinas cargadas.

A eso de hacerse de día,
nos mandaron avanzar.
La metralla iba delante
y renovación detrás.

En el puerto Santa Orosia
hay una agüica muy fresca.
El que la quisiera beber,
tendrá que subir la cuesta.

Hola, hola, a tomar aquella loma.
Hola, hola, donde aquel rojo se asoma.
Ya se está tomando Madrid,
luego caerá Barcelona...

Mi compañía se quedó en la ralla y luego nos hicieron volver a Senegüé. Volvimos a pasar la noche en sus callizos y, de nuevo, cuando se iba a hacer de día, volvimos a pasar el puente y nos tiramos hacia la derecha, a un pueblo por el que pasaba un barranconcico. Por la orilla subimos la ladera y llegamos al puerto, que ya estaba tomado.

Al parecer, habían sorprendido a los rojos por Sobás.

Yo no lo vi, pero los rojos contraatacaron y quisieron ocupar el pico Oturia que está encima del puerto. Atacaron con bayoneta calada y, al parecer, un nacional y un rojo se la clavaron a la vez, se quedaron enganchados mucho rato, sin ánimo y sin saber qué hacer.

La ermita de Santa Orosia había sido utilizada para dormir y tenía un palmo y medio de bojes.

En las faldas de Oturia vimos sacos llenos de virutas de madera. Al parecer, allí tenían el cañoncico con el que disparaban los rojos a las fábricas de Sabiánigo. Cuando llegamos nosotros, el cañón ya se lo habían llevado.

Al poco de llegar nos llevaron al Pueyo de Cortillas, que es una lomica que da para atrás, para esos pueblos de Sobrepuerto. Allí tuve dos alféreces muy buenos, un tal Liria y otro que se apellidaba Jarne. Eran dos chicos muy jóvenes.

Estábamos en una trinchera con un casetón y por la noche había que estar muy atentos por si el enemigo contraatacaba pues estaba muy cerca, al otro lado de un colladico. Una noche, al parecer, pasó una liebre y comenzamos todos a pegar tiros como locos.

De verdad que fue una guerra de locos.



Al poco tiempo, como he dicho, nos bajaron a Ayerbe y, a continuación, a Zuera, porque los rojos querían tomar Zaragoza (de esto ya he hablado en el capítulo anterior).

De allí, subimos otra vez en el último tren que pudo hacerlo, antes que los rojos cortaran la vía con el avance por el Hostal de Ipiés. El último fue el nuestro y delante llevábamos un autovía con Guardia Civil, en avanzadilla, para ver si había peligro.

En que nos dejaron en Sabiñánigo el autovía se dio la vuelta pero por allí bajo, por el Hostal, ya lo descarrilaron los rojos.

A nosotros, que íbamos en Ametralladoras, cuando llegábamos por el Puente de Sardas, nos emprendieron desde la ermita de San Pedro, que decían la habían conquistado aquella noche, y nos tuvimos que refugiar en una rallas que hay por allí, cerca del Puente.

Una camioneta de las nuestras tiró para adelante.

Por fin, aquella tarde nos hicieron bajar para el Puente por la orilla del río Gallego. Por allí íbamos protegidos y no nos podían dar.

Aquella noche del mes de septiembre nos pusieron a una escuadra en el sitio donde se junta el camino de El Puente con la carretera. Ya hacía un poco de fresco y allá que allá, a media noche, que nos suben en camiones camino de Jaca. Nosotros pensábamos que nos llevaban a descansar, pero nos equivocamos, porque en el desvío de Navasa se echaron hacia el Hostal de Ipiés. Aquello nos extrañó mucho, pero pronto nos dimos cuenta que nos llevaban a cortar el avance que estaban haciendo los rojos, cruzando el río Gallego para llegar hasta Jaca.

Nos hicieron bajar cerca del Hostal de Ipiés y, nada más echar pie a tierra, nos silbaban las balas alrededor. Había un edificio. Allí nos recibió un militar que pertenecía a aquella casa y que nos dijo:

–Si se muere por España, bien muerto se está.

Nos parapetamos bien en una trinchera que había en una lomica y, por la noche, cuando yo estaba de guardia, llega el alférez dándose vueltas y me dice:

–¿No le parece que se oye ruidos? Tire un disparo, a ver...

Suelto un disparo y el enemigo se echa a gritar:

–¡A por ellos, a por ellos!

Y en un momento que nos empiezan a caer bombas de mano y de todo.

Nosotros tirábamos a ojo porque no se veía nada.

De pronto sentí un golpe en el fusil y es que una bala me había arrancado la mirilla y no me hizo nada.

Al poco rato, que llega una escuadra del Tercio. Eran gente que venía del frente del Norte a sofocar este ataque.

Una vez que tomaron posición no tardó en oírse voces. Eran los rojos que mandaban mensajes con altavoces y nos preguntaban que si sabíamos para quién luchábamos. Pero aquello no acabó así, porque un legionario les contestaba que si ellos habían cogido Santander, que si esto y lo otro...

Entrada la noche llegó un enlace y nos dijo que nos retiráramos hacia el pueblo de Arto.

Antes de llegar a Arto está la casa del Señor de Baranguá. Había una sala muy grande y una balconada que daba hacia el sur, hacia la carretera. Llega un enlace y dice que pasaban muchos rojos el río hacia donde estábamos. Yo y un compañero salimos al balcón y oímos que el comandante decía:

–Si ellos vienen, más estamos nosotros.

Y en aquellas que llega un blindado de los rojos por la carretera, que suelta un chupinazo, que levanta una polvera enorme y que veo que el compañero que estaba conmigo en el balcón andaba con un brazo colgando.

–¡Ay, ay...! –decía el pobre.

A continuación, nos ordenaron montar una ametralladora en un corral –en una serenica que hay– y, al poco, veo a los sirvientes rodar por el suelo. Mientras, otros abrieron un boquete por la parte de atrás y enfilamos hacia Arto. Cuando subíamos había un barranquico y allí había gente amagada que se quería pasar al otro lado. Por cierto que luego nos juntamos en Valencia con ellos.

Subíamos sin aliento, corriendo por la carretera. Huíamos por un solanico como un rebaño y los rojos habían hecho una tenaza para atraparnos en su avance. Yo iba solo, porque si íbamos en grupo había más peligro de que te dieran.



Rincón de Botaya

Llegamos hasta la pardina de Pilón, que está en la carretera hacia Abena y Navasa, y allí estaba el comandante y el capitán, frenando a la tropa. Los dos jefes se pusieron a formar compañías conforme llegaba el personal.

A los de ametralladoras nos pusieron en un cerro que hay subiendo a la derecha. En la punta había un tascalico y nos pusimos a cavar parapetos con el machete. Nos hicimos una miaja de agujero y un cabo que va y me dice:

–Domingo, como a ti te ha salido más grande, si te parece, nos ponemos los dos juntos en el tuyo.

Allí estábamos, con las piernas juntas, uno mirando para aquí y otro para allá, y de pronto, que oigo “chas” y el cabo que se dejó caer a un lado sin decir ni media.

Al momento, que llega el sanitario del Tercio, le arranca los botones de la chaqueta y la camisa, le mete mano y dice que ya no había nada que hacer.

Aquello debió ser una bala perdida que le había dado de lleno en el corazón. Y así terminó aquel pobre cabo.

Como la cosa estaba muy mal, el capitán mandó retirada y bajamos a un corralico hasta que llegaron los moros de refuerzo, que venían de Jaca.

Entonces gritaron que palante, que palante, y volvimos a ocupar el cerro.

Por la noche hubo de nuevo tiroteo y algunos canarios se pasaron al otro lado. Yo digo si serían canarios porque en los macutos dejaron tabaco de ese que ellos llevaban.

Al día siguiente ya nos llevaron por Camparés, de nuevo, a Sabiñánigo y, poco después, por Sardas, tiramos para arriba, para el puerto de Santa Orosia, donde ya habíamos estado aquel verano.

Pasamos por Senegüé el día 29 de septiembre y subimos por esas laderas hacia el puerto. Yo subía junto al capitán. Al llegar a la *tasca* vi que venía galopando a caballo el comandante que mandaba las tropas del puerto. Llega y le pregunta a nuestro capitán si habíamos comido y llevábamos munición completa. Nuestro capitán le dijo que munición llevábamos pero que comer no habíamos comido.



Llegamos a la ermita de Santa Orosia y dentro había mucha munición, nos dieron más pero de comer no se acordaron. Un soldado me llenó la cantimplora en la fuente de la santa y marchamos hacia arriba, hacia lo más alto, a un pico que le llaman Oturia. Subimos por el camino que da a cierzo y en que comenzamos la subida un compañero se cayó al suelo porque le había fallado el corazón.

Bajamos para el otro lado y antes de entrar en el pueblo de Casbas, en un ralloncico que había, saqué unas latas de carne que guardaba desde Ayerbe porque a nadie le apetecía y aquel día sí que nos las comimos.

A mi escudera aquella carne le supo a gloria. Luego, por los prados de Casbas vimos unos manzañones y la gente se tiraba a por ellos como locos.

La iglesia de Casbas era pequeñica y la torre estaba medio destruida por los cañonazos que le habían caído.

Estábamos nosotros en el pueblo y llegaron unos paisanos, un hombre viejo con una chica a recoger algunas cosas que habían dejado en casa cuando fueron evacuados. Se llevaron también una cerda que les hacía la vida imposible por aquellos senderos. Luego oí que en Biescas llevaron mala vida. No sé si será verdad.

Salimos de Casbas y había una posición en un rallón desde el que ya se veía el río Gallego. Estaba justo en el camino que iba de Lárrede a Casbas. Se ve que la escuadra que estaba allí posicionada había visto movimientos extraños y habían dado parte. El caso es que, al poco rato, nos llega un enlace y nos dice que nos retiráramos, que no vendrían a relevarnos si nos quedábamos allí.

Nos retiramos a Casbas y nos pusimos a descansar en un yerbero que había en medio del pueblo.

Aquella misma noche los rojos rodearon el pueblo y nosotros nos entregamos.

Disparaban cañonazos desde Escuer y un cabo rojo, que era de Cortillas, les avisó para que pararan, porque si no nos iban a achicharrar a todos.

Nuestro capitán, que era un hombre de tiempo, no hizo resistencia. Solo hacía que hacer señales con un pañuelo blanco.

Nos llevaron a encima del pueblo, a un descampado, y echamos los fusiles en un montón que había. Debimos ser los últimos en entregarnos.

Yo antes, al pasar por la cocina, vi una manta nueva y la cambié por la mía que era muy vieja.

Cuando entregábamos las armas me acuerdo que había un teniente rojo jovencico y chicorrón. Llamaba aquello la atención porque nosotros ya éramos hombres hechos y derechos.

Nos bajaron en reata, en fila, hacia el río Gallego. Solo iba uno de guardia con el fusil cargado.

Al llegar al valle tuvimos que parar detrás de un montículo a que se hiciera de noche porque aún había una zona que la dominaban los nacionales.

Estábamos allí cuando llegó un hombre viejo que pertenecía al Batallón Cinco Villas de los rojos.

Al parecer esa unidad campaba por allí.

Cuando llegó se puso como loco porque había visto a un sargento prisionero que era de la comarca de las Cinco Villas. Al parecer el sargento era hijo de una casa rica de los pueblos de la comarca, cuyo amo le había requisado el camión en los primeros días de la guerra para detener gente y darles mala vida. El viejo se echó el fusil a la cara, apuntó al sargento, pero al final, llegó un comandante y paró aquello. No sé qué vida llevaría aquel sargento...

Luego paramos en Oliván y en una calle llamaron a cinco o seis por su nombre. Entre los llamados, uno era un hijo de una casa rica de Agüero –me parece que Casa Fuertes– y otro, el sargento que he dicho de un pueblo de las Cinco Villas. A todos les debió pasar lo mismo.

De Oliván me llevaron prisionero a Boltaña para tomarme declaraciones. Primero cruzamos el río Gallego y subimos por la carretera hacia Biescas. Pasamos aquella noche en las escuelas y al día siguiente, en camiones, nos llevaron por Cotefablo hacia Boltaña. A la salida de este túnel vimos un blindado que no podía pasar porque el túnel aún no estaba terminado. Nos llevaron a la iglesia de Boltaña y vimos que la habían empleado para cuadra. Luego nos llevaron a declarar a una casica que había en la plaza y, de allí, nos llevaron al seminario de



Barbastro y me extraño oír a las cocineras una canción que decía: “Los falangistas de Huesca, que pasean por el coso, se tienen que retirar porque les zumban los rojos”.

Barbastro fue la última estación de Aragón. A partir de entonces comenzó el paseo como prisionero por media España y eso ya lo he contado.



XV. LAS VUELTAS DE LA VIDA

En los pueblos la vida ha cambiado mucho. Para empezar, ya no queda casi personal.

Me acuerdo del día que llegó la luz a Botaya. Lo sé porque fue el mismo día en que nació mi hermano Benito, en el año 1927.

Mololo de Jaca hizo la instalación. Cuando llegó la luz la gente decía:

—¡Fijaos, fijaos, ya está aquí Mololo...!

Quien hacía la luz era La Central de Jaca, una centralica que había cerca del campo de tiro y que mandaba un poco de luz para Atarés, Botaya y San Juan —quiero decir, San Juan de la Peña—.

En que llegó la luz a San Juan, entonces es cuando se decidieron y la bajaron a Botaya.

En cada casa teníamos dos bombillas. Una en la cocina y otra en la cuadra, y no las veinticuatro horas de un día.

Como adelantos, también me acuerdo de la primera radio, que la trajo el primer alcalde de la República que, como ya he dicho, marchaba a menudo a trabajar a Francia.

Rara era la noche que no nos juntábamos en su casa medio pueblo para escuchar lo que decía aquel aparato.

Otro adelanto fue la trilladora. Esto llegó mucho más tarde. La compré con mis sobrinos a uno de Sigüés. El resto del pueblo siguió un tiempo trillando con las caballerías.

De tiendas no puedo decir que haya habido en Botaya. Nos tocaba bajar a comprar hasta Anzánigo, que hay tres horas bien largas de camino.

Allí nos juntábamos un rabaño de pueblos para comprar. Sobre todo recuerdo que cuando llegó aquello del racionamiento, bajábamos todos de golpe y aquello parecía un ejército, del personal que había.



Cementerio de la ermita de San Miguel (Botaya)



Anzánigo era importante porque allí había estación de tren.

Y de este pueblo subía también la parejica de la Guardia Civil. Entraban en Botaya, les firmábamos en el libro de correrías que llevaban, subían a San Juan y, luego, marchaban hacia Ena. Esa era la marcha que llevaban entonces. Todo a pie...

Y ahora que hablamos de la Guardia Civil, también podemos hablar de los gitanos, que también pasaban de vez en cuando por el pueblo. Se quedaban en un corral a las afueras, arreglaban algún cesto y, si nos descuidábamos, se llevaban alguna gallina.

El mundo ha cambiado mucho en los pueblos.

Cuando comenzaron a despoblarse, empezaron a desaparecer los santos. En Botaya desapareció un santo y el misal del coro. En Osia, desapareció otro santo pero, al fin, no se sabe cómo, volvió.

Decirse cosas se decían muchas, pero ciertas ninguna se pudo saber. Yo sólo sé que cuando los pueblos estaban llenos de gente, eso no sucedía.

Esto de marcharse la gente del pueblo no es cosa de ayer. Es muy viejo.

A Francia marchaba mucha gente. Yo me acuerdo de Santiago, el alcalde de la República, pero también oí decir que una tal Tomasa, de Casa Adriana, se había ido sin papeles y que tuvo mucha suerte porque no se los pidieron. Los de Casa Samitier también marcharon a Francia. Es lo que había...

También marcharon muchas mujeres a Barcelona, algunas se casaron allí y recuerdo que después de la guerra, como las cosas iban muy justas, mandaban los hijos para reponerse en Botaya.

El caso es que uno por aquí, otro por allá, otros que se metían carabineros de a duro, otros que se iban a las fábricas de Sabiñánigo... y, al final, el pueblo se quedó medio vacío... Solo ha quedado gente en Casa Mainer, Casa Campo y Casa Juan Borau; todos gente bien madura, que podríamos decir.

Así ha sido la cosa de Botaya y de todo el país...

Esto duró hasta que llegó la moda de que a la gente de la ciudad le apeteció comprar casas en los pueblos. A Botaya, primero, vino un inglés que arreglaba casas por otros pueblos, después un zaragozano

que traía un rabaño de críos a pasar el verano... En fin, varias casas se han ido arreglando.

En el futuro, vete tú a saber qué pasará.



XVI. VOCABULARIO

ACHAR: Glera inclinada, entre carrascas, que deja acceder por las laderas a lo más alto del monte de San Juan.

ALFORROCHO: Milano.

ALMENDRÓN: Pudinga o conglomerado de cantos rodados cementados. Formación geológica creada por los arrastres fluviales en la antigua línea costera, marina, en regresión. La podemos observar desde La Rioja a Montserrat, pasando por las peñas de San Juan, Oroel, Santa Orosia, Canciás, etc.

BACIBO: Pequeño rebaño formado por los borregos y ovejas viejas.

BOLETA: Alimoche.

BOIRA: Nube.

BURO: Arcilla.

CAGICO: Roble.

CAMOMILA: Manzanilla.

CHAPARRAL: Robledal. Es curioso, pero el roble debería ser llamado chaparro y se denomina cagico. Por lo tanto, en Botaya se daba una hibridación entre el término chaparro y el de cagico.

CUCULO: Prímula, primavera (flor). Pájaro cuco.

CUNIESTRAS: Amontonamiento de nieve.

ERIZO: Genista.

ESPARBEL: Término genérico para designar un espectro amplio de rapaces.

ESPEDREGAL: Canchal, cúmulo de piedras.

FUINA: Marta.

GÜEGA: Límite, divisoria. En su uso se confunde con muga.

LETREROS: Escritos que hacían los niños cuando andaban de pastores con piedrecitas o lápices en losas o puertas y maderos de los yerberos.

LIFARA: Comida en camaradería.

MAIRAL: Mayoral o pastor que gobierna una cabaña.

MELÓN: Tejón.

MUGA: Piedra que marca una divisoria. También se utiliza como acción de limitar.

NAVATAS: Almadías que bajaban por los ríos del Pirineo.

ORDIO: Centeno.

OTILAR: Aullido del lobo.

PAPIRROY: Petirrojo.

PAQUIZO: Derivado de PACO o monte orientado en umbría.

PARDINA: Núcleo aislado, habitado por una familia, muy frecuente en las Sierras Exteriores del Pirineo aragonés. Algunos estudiosos han querido ver en las pardinas un vestigio del poblamiento difuso que se dio en el Pirineo antes de la configuración de los pueblos y aldeas que han llegado a nuestros días.

RABAÑO: Rebaño.

RABOSA: Zorra.

RALLA: Estrato rocoso que aflora de modo ostensible. También se utilizan aumentativos y diminutivos, según su espesor, como *rallón*, *ralloncico*.

REPATÁN: Zagal que servía a los pastores de una cabaña ganadera.

RUJADICA: Llovizna pasajera.

SALAGÓN: Margas.

SANMIGALADA: Otoñada que empieza por los días de San Miguel.

SOLANO: Ladera bien expuesta al sol de mediodía. SOLANIZO, aumentativo.

TASCA: Prado alpino.

TERRERO. Terreno pendiente. TERRERICO, diminutivo.



Colmenar o abejar de Casa Carpintero (Botaya)

